G. CAMPBELL MORGAN

# EL MENSAJE DE APOCALIPSIS

## a las iglesias del s. XX





# 1

## INTRODUCCIÓN

A fin de poder entender debidamente el propósito de los mensajes a las iglesias de Asia, es necesario decir unas palabras respecto al libro en que se encuentran.

Este libro contiene los últimos mensajes de Cristo a los hombres. En aspectos de importancia este libro difiere de todos los demás de la Biblioteca Divina. Juan no recibió el libro por inspiración del Espíritu en el sentido corriente de la expresión, sino que lo recibió directamente de Jesucristo que se le apareció cuando estaba exilado en Patmos.

El título que llevaba generalmente: «El Apocalipsis o Revelación de San Juan, el teólogo», no es correcto. Las versiones modernas dicen «El Apocalipsis o la Revelación de Jesucristo dada a San Juan, el teólogo». O bien «La Revelación de Jesucristo, que Dios le dio a Él para mostrarla a sus siervos». Quizá ningún libro de la Escritura ha sido más descuidado que esta Revelación de Jesucristo, y no obstante, es el único que empieza con una bendición triple pronunciada primero sobre aquellos que lo leen; segundo, sobre los que lo escuchan; tercero, sobre los que guardan las cosas escritas en él.

Tiene que haber algún significado profundo en esta declaración introductoria, y el hecho de las dificultades de su

interpretación no dan derecho a la Iglesia a que descuide el último mensaje de su Maestro.

Con todo aunque es verdad que ningún libro ha sido tan tristemente descuidado, lo es también que no hay ningún otro libro sobre el que haya tenido lugar una controversia tan persistente. Tan viva ha sido esta controversia, que hallamos a los cristianos divididos en distintas escuelas de pensamiento sobre el, y oímos hablar de los Preteristas, los Presentistas, los Futuristas y los Espiritualistas en cuanto a la interpretación del mismo. Estas diferencias no afectan nuestro libro presente. De lo que nos ocupamos nosotros es de los mensajes a las iglesias. Para que podamos ver su lugar, hay que decir algunas palabras sobre el carácter general del libro.

El libro del Apocalipsis no es de modo primario un libro que nos dé verdades acerca de la Iglesia. Es un libro de juicios, en el sentido más amplio de la palabra, juicios, esto es, el método y gobierno de Dios. Revela la consumación de la historia del mundo, y da un panorama de las relaciones finales de Dios con la humanidad. Nos hallamos en gran parte de vuelta en el reino del Antiguo Testamento. El nombre Jehová es introducido en el lenguaje, de modo apropiado a los pensamientos sugeridos por este nombre al antiguo pueblo hebreo, «El que es y que era y que ha de venir». El Espíritu Santo es mencionado, no como la personalidad unificada que los hombres llegaron a conocer por medio de la obra de Cristo, y que aparece en las Epístolas del Nuevo Testamento. Es más bien como los siete Espíritus, esto es, en la perfección de la actividad, y estos Espíritus, además, están delante del trono. Jesús es el «testigo fiel, el primogénito de entre los muertos y el soberano de los reyes de la tierra»; mientras que la Iglesia, amada y librada de pecado, es un reino de sacerdotes, perfeccionado en su número, y excepto en los primeros capítulos, ocupando un lugar en la gloria. Así que Dios es revelado como supremo en el gobierno del Universo, el Espíritu como la luz y actividad de este gobierno, y Jesús como el Testigo fiel, y como rigiendo a los reyes de la tierra.

La perspectiva de la Revelación o Apocalipsis es más amplia que la Iglesia de Cristo. No sólo trata de la relación de Dios como Padre a la compañía de salvados en la Iglesia, sino de su más amplia relación como Rey y Soberano de toda la tierra. Ha habido mucha confusión e ideas ofuscadas sobre estos temas. Muchos, al parecer, se imaginan que la Iglesia y el Reino de Dios son una misma cosa. El hecho es que el Reino de Dios es infinitamente más amplio que la Iglesia, e incluye todo el reino sobre el cual Dios es Rey, y en el cual esta Realeza será establecida. Hoy la Iglesia reconoce y está sometida a esta Realeza. Vendrá un tiempo en que todas las naciones lo reconocerán y se someterán. La Iglesia es un instrumento a este fin. Con todo la Iglesia es una entidad completa en sí misma, y tiene su vocación específica en las edades futuras.

Todo el libro del Apocalipsis revela los estadios finales de la obra de Dios con la humanidad. Nadie ha comprendido de modo perfecto todas sus enseñanzas. Sus grandes principios son evidentes. Muestra el derrocamiento final del mal, y el establecimiento del Reino eterno de Dios. Además nos enseña que esta destrucción y esta entronización serán realizadas por medio de Jesús el Rey ungido.

Muy probablemente la clave de la división del libro se encuentra en las palabras: «Escribe las cosas que has visto, y las que son, y las que han de ser después de éstas» (1:18). Este versículo divide el libro y marca los temas sobre los cuales Juan recibió el encargo de escribir.

I. «Las cosas que has visto.»
II. «Las cosas que son.»
III. «Las cosas que han de ser después de éstas.»

Las primeras indudablemente hacen referencia a la gloriosa visión que Juan estaba contemplando, la segunda a la condición de las cosas existentes, como quedan descritas en los siete mensajes a las iglesias, y las cosas «después de éstas» son las cosas finales, la crónica de las cuales comienza en el capítulo 4, versículo 1. Nótese que «después de éstas» en 1:19 es una traducción de dos palabras: [ierá taüxa («meta panta»), y en el capítulo 4, versículo 1: «Después de esto» es una traducción de las dos mismas palabras. Por tanto, evidentemente, la tercera división empieza en el capítulo cuatro, y desde allí hasta el fin tenemos profecía no cumplida. Con esta sección del libro no tene-

mos nada que ver aquí. Nuestro tema es la segunda división: «las cosas que son».

De esta parte ha habido tres interpretaciones. Primero que las cartas o mensajes fueron escritas realmente a las siete iglesias que en aquel tiempo existían en Asia. Segundo, que los mensajes contienen una revelación de la condición de la Iglesia en los sucesivos estadios de su historia. Tercero, que los mensajes dan un cuadro de siete condiciones de la vida de la Iglesia que se pueden hallar de modo continuo en la historia de la Iglesia de Cristo. Mi propia convicción es que las tres explicaciones son correctas. Me propongo, sin embargo, considerarlas a la luz de la primera y la tercera, es decir, como cartas escritas a iglesias reales, y como teniendo una aplicación perpetua a alguna fase de la vida de la Iglesia. Aunque no cabe duda de que revelan un proceso en la historia de la Iglesia, sobre esta fase no tengo intención de hacer ningún comentario.

Veremos primero la visión que se presentó ante Juan en la Isla de Patmos, luego las siete epístolas, y nos esforzaremos por recoger su mensaje para la edad en que vivimos; de modo que hemos de prestar atención a un mensaje del primer siglo para los cristianos del siglo veinte. Al tratar de cada una de estas epístolas o mensajes, notaremos en cada uno cuatro cosas distintas:

I. El título de Cristo.
II. El elogio de Cristo.
III. La queja de Cristo.
IV. El consejo de Cristo.

No siempre se presentarán en este orden exacto, porque en algunos casos o bien se omite el elogio o la queja, pero en los estudios consideraremos los cuatro como principales puntos de interés.



# LA VISIÓN Y LA VOZ

«Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y al volverme, vi siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que le llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana, como nieve, sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno; y su voz como estruendo de muchas aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas; de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando brilla en iodo su esplendor.»

* * *

«El misterio de las siete estrellas que has visto en mi diestra, y de los siete candeleros de oro; las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros que has visto son las siete iglesias.» (Ap. 1:12-16, 20.)



# 2

# LA VISIÓN Y LA VOZ

Cuando estaba en la soledad de Patmos, Juan oyó una voz detrás de él, y «se volvió para ver... y al volserse vio...». La visión que se le presentó estuvo presente durante todos los mensajes que recibió para las iglesias, lo que da valor y énfasis a los mensajes. Por tanto, hemos de entender la visión si queremos entender los mensajes. Demos una mirada general, notando la primera impresión producida, y luego sigamos haciendo un examen cuidadoso de la figura central.

«Al volverme, vi siete candeleros de oro, y en medio... a uno semejante al Hijo del hombre... tenía en su mano derecha siete estrellas.» Juan vio primero los siete candeleros de oro. Hay que entender bien que la palabra no se refiere a candelas, que se consumen al arder, sino a un candelabro, alimentada la llama con aceite de modo perpetuo, y que en la Escritura el aceite es presentado como emblema del Espíritu Santo. De estos candelabros el mismo Señor da la explicación: «Los siete candelabros son siete iglesias.» Así que cada iglesia individual es vista como un centro de luz.

Luego, «en medio de los candelabros», vio «a uno semejante al Hijo del hombre». De modo que Cristo se ve en su

afinidad humana, presidiendo sobre las iglesias, en el ejercicio de su función.

Además, nótese que en la mano derecha, el Hijo del hombre tiene siete estrellas, y aquí también recibimos la interpretación del Señor: «Las siete estrellas son los ángeles de las siete iglesias.»

La primera impresión producida por la visión es peculiar y al parecer contradictoria. Evidentemente una visión nocturna, como lo atestiguan los candelabros y las estrellas, y con todo es una escena diurna, pues vemos el rostro del Hijo del hombre, cuyo rostro era «como el sol cuando brilla en todo su esplendor». Juan vio como en una visión, a la Iglesia en su relación y responsabilidad presente a Cristo y al mundo. La noche alrededor son las tinieblas del mundo. La única luz que brilla sobre las tinieblas es la que sale de los candelabros. La visión del rostro de Cristo como la del sol, es una revelación de lo que Él es para su pueblo. Para ellos es de día. «Porque sois hijos de la luz, e hijos del día; no somos de la noche, ni de las tinieblas.» La Iglesia se ve aquí como portadora de luz, y Cristo como un Centro unificador y la Autoridad que rige. Cristo mismo, en medio de los siete candeleros crea su unidad. La unidad de la Iglesia consiste en la relación común de cada iglesia con el mismo Señor, que está presente en medio.

En su mano derecha sostiene a los mensajeros, y con ello revela la verdadera posición que el ministerio ocupa en la Iglesia de Cristo, sea el ministerio de la enseñanza con autoridad tal como la dan los apóstoles, el ministerio de la declaración profética, el ministerio de evangelización, o el cargo pastoral. Cristo es la verdad, el ángel su mensajero, la Iglesia es la que recibe la verdad que le da a conocer el mensajero, y en la cual se personifica la verdad, para que su luz pueda resplandecer en medio de las tinieblas circundantes. Ningún hombre puede ser un mensajero del Señor y de la Iglesia, excepto si está sostenido por la diestra de Jesús e interpreta, no sus propias ideas respecto al bienestar y buen gobierno de la Iglesia, ni los deseos de la Iglesia respecto a su función, sino la voluntad del Señor. El mensajero no tiene autoridad en sí mismo, ni autoridad derivada de la Iglesia sobre la que preside. Su autoridad es



la autoridad comunicada por el Hijo del hombre, que es Señor y Maestro del conjunto.

En medio de la noche del mundo, la Iglesia unificada por la presencia del Señor, diversificada en los siete candelabros, es una luz que brilla en la oscuridad. Esto destaca de modo perfecto la responsabilidad de cada iglesia de Jesucristo. Ha de ser un medio por el cual la Luz esencial del mundo ha de brillar sobre la oscuridad del mundo. Hay un principio que tienen que tener siempre en cuenta aquellos que quieran cumplir la más alta función de la vida de la Iglesia y es que el mundo espera luz, y la única capacidad de la Iglesia para derramar esta luz, es que viva a la luz del día que el rostro de Cristo crea por ella. No hay ninguna iglesia ni ningún miembro individual de iglesia que pueda proyectar un sólo rayo de luz en estas tinieblas, excepto la iglesia o la persona que vive en el sol creado por el resplandor de su rostro. Cuando el Señor estaba aquí dijo: «Yo soy la luz del mundo.» Esta luz fue eclipsada en la oscuridad de la Cruz del Calvario, pero detrás de la densa nube, volvió a irrumpir para brillar sobre todos los que reciben la vida por medio de esta Cruz, y por medio de ellos vuelve a ser lanzada en la noche del mundo.

Habiendo, pues, visto el esquema general, antes de pasar a una consideración más de cerca de la figura central, hagamos un momento de pausa para mirar los candelabros y las estrellas.

Dejemos bien claro que los candelabros no son las fuentes de la luz, sino los portadores de la luz, y también que el número es siete, y que son de oro. De modo que, si en sí los candelabros no crean luz, es evidente que si han de ser el medio sobre el cual la luz descansa, y a partir del cual va a proyectarse sobre la oscuridad, tiene que ser un medio celestial y perfecto. Aunque no tenemos luz propia, con la cual ayudar a los hombres que se hallan en tinieblas, ya que la luz de Dios brilla sobre nosotros y por medio de nosotros, tenemos que saber con respecto a este resplandecer en qué consiste el participar de la naturaleza que es simbolizada por el oro del santuario. Así tenemos un simbolismo de función, y un simbolismo de carácter.

Las estrellas que Cristo tiene en su diestra son símbolos del hecho que el ministerio para ser efectivo tiene que te-

ner un carácter celestial, centrarse de modo exclusivo alrededor del sol central.

De modo reverente examinaremos la figura central y notaremos primero su posición. El está «en medio de los cadelabros», unificándolos en uno, y dirigiéndolos por medio de mensajes individuales, mostrando su conocimiento íntimo de los detalles de cada uno.

Su apariencia general es la del Hijo del hombre. Es importante que recordemos que esta frase ocurre en los relatos del Evangelio con respecto al Maestro, ochenta y cinco veces, y de estas, Cristo mismo, hace uso de ella, ochenta y tres. El primer detalle de la visión es un simbolismo de la función y el segundo, un simbolismo del carácter.

Su función la sugieren sus vestidos. «Vestido de una ropa que le llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro.» Esta figura sugiere dos cosas. El vestido que le llegaba hasta los pies es el derecho a gobernar y a juzgar. Es la ropa de la autoridad judicial, no la del sacerdote. Se le ve aquí como la Autoridad central en la vida de la Iglesia, teniendo, Él solo, derecho a pronunciar veredicto y sentencia sobre todo el servicio que rinde la Iglesia. El cinto para ceñirse se menciona frecuentemente en las Escrituras. A veces es una faja para los lomos, a veces un cinto para el pecho. Lo primero simboliza actividad y poder, y lo último, fidelidad y afecto. En este caso el cinto se halla en el pecho, mostrando la fidelidad de su amor. Esta ropa del Hijo del hombre revela la posición judicial suya entre las iglesias, y que todo el ejercicio del derecho judicial está basado sobre la fidelidad del Amor Eterno.

Hay un pasaje notable en la profecía de Isaías, que proyecta luz sobre la vestidura. «En aquel día llamaré a mi siervo Eliaquim hijo de Hilcías, y lo vestiré de tus vestiduras, y lo ceñiré de tu talabarte, y entregaré en sus manos tu potestad; y será padre al morador de Jerusalén, y a la casa de Judá.» No hay, naturalmente, ninguna relación inmediata entre el tema de que trata Isaías y el que estamos considerando ahora, pero nos referimos a él para obtener luz sobre el simbolismo de la ropa y el cinto de nuestra visión.

Jesús se mueve en medio de las iglesias con la ropa que le llega hasta los pies, destacando el hecho de que es el único Soberano de su pueblo, teniendo el derecho de pronunciar veredicto sobre su servicio, o castigo, según Él quiere. El cinto de oro sobre el pecho revela el hecho que todo juicio que El pronuncia, y toda frase que dice, está basada en su amor y fidelidad infinitas. Cristo es la Cabeza, el Soberano entre su pueblo, y esta autoridad, orden y gobierno, están basados en su compasión infinita y segura.

Pasando del simbolismo de la función al del carácter, tenemos la visión más maravillosa y encantadora de Jesucristo que se contiene en la Escritura. No podemos hacer más que pasar rápidamente por encima, en un intento de destacar el significado de la gloria séptuple revelada.

«Su cabeza y sus cabellos eran blancos como blanca lana.»

«Sus ojos eran como llama de fuego.»

«Sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno.»

«Su voz como estruendo de muchas aguas.»

«En su mano tenía siete estrellas.»

«De su boca salía una espada aguda de dos filos.»

«Su rostro era como el sol cuando brilla en todo su esplendor.»

Aquí tenemos siete puntos sobre los cuales vamos a llamar la atención de modo directo. La cabeza, el cabello, los ojos, los pies, la voz, la mano, la boca, el rostro.

Considerémoslos en este orden.

*«Su cabeza* y *su cabello eran blancos como blanca lana.»* Hay dos hechos simbolizados en este lenguaje: su pureza y su eternidad. La descripción es muy similar a la del libro de Daniel cuando describe el «Anciano de Días». El cabello blanco como lana es una marca de edad, y con todo, no es un viejo a pesar de la edad. Esta blancura es además el símbolo de la pureza, y estos dos hechos son, en último análisis, uno sólo, porque todas las cosas eternas son puras, y sólo la pureza puede ser eterna. Las cosas condenadas son bajas, impuras, no santas, y en la gloriosa visión de la cabeza regia del Hijo del hombre, que brilla por su elevación como un pico de montaña coronado de nieve, vemos al Hijo de Dios también, su pureza siendo la base de su eternidad, su eternidad la corona de su pureza.

*«Sus ojos como llama de fuego.»* Aquí hay la sugerencia

del conocimiento infalible e infinito, ojos que penetran, para los cuales no hay nada secreto que pueda ser escondido, ojos que siendo como una llama de fuego, lo epentran todo, incluso lo que está escondido de la vista ordinaria, separando con exactitud infalible la amalgama de lo que es oro puro. De este modo el Hijo del hombre entre las iglesias es revelado como Aquel del cual no se puede esconder nada. No hay detalle en los hechos de la iglesia, o en la vida de un miembro individual que Él no conozca de modo perfecto. Él ha visto y ha juzgado en su valor cada hecho de servicio, aunque sea humilde, y no haya encontrado lugar en los anales de la Iglesia. Los ojos fijos, escudriñadores del Hijo del hombre están siempre sobre las iglesias que llevan su nombre, y no hay nada que pueda esconderse de esta mirada, en absoluto.

*«Sus pies semejantes al bronce bruñido, refulgente como en un horno.»* Los pies son los símbolos de la actividad, e indican la actividad continuada de Cristo entre las iglesias, y por medio de las iglesias, cuando avanza, el Líder de las huestes de Dios, hacia la victoria final.

Estos pies son de bronce refulgente como en un horno. El bronce es el símbolo invariable de la fuerza, y el horno de fuego es simbólico de purificación. Así que el Hijo del hombre se ve moviéndose entre las iglesias siempre hacia la consumación, en la cual el corazón de Dios está decidido, con tan absoluta pureza que Él nunca puede ser contaminado con el mal que está pisando, y con una fuerza tan tremenda que es imposible que le estorbe la oposición que se levanta contra Él.

*«Su voz como estruendo de muchas aguas.»* Esta hermosa afirmación creo que nunca la había apreciado bastante hasta que vi por primera vez las poderosas cataratas del Niágara, cuya corriente se lanza desde la altura en majestuosa calma con un fragor que ahoga todo otro ruido, que posee el alma, pero que al mismo tiempo llena de profunda paz y quietud. La poderosa música de las muchas aguas me impresionó como pocas cosas lo habían hecho nunca, pues me dio un nuevo significado a las palabras: «Su voz como estruendo de muchas aguas.»

La sugestión es muy hermosa. ¿Qué es la voz de muchas aguas? Es un acorde perfecto de diversos tonos; muchas



aguas, una voz. «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado en el Hijo.» «Su voz es como el estruendo de muchas aguas.» Estas aguas vienen desde los montes desde hace mucho tiempo, en corrientes separadas, todos los cursos dirigidos hacia Él. En Él se mezclan y confluyen, en Él se descubre la perfecta armonía de las mil melodías del pasado. Un oído educado si presta atención puede dar a cada una un valor separado, y hallará que no hay tema sobre el cual Él no tenga algo que decir. Habla por medio del arte, de la música, la ciencia, la literatura, toda la vida por separado, y en relación cada una de ellas con las demás. Muchas aguas, muchos mensajeros, muchos mensajes, pero una voz, una palabra, una revelación.

Así que moviéndose entre los candelabros, con cabello como lana, que nos habla de su pureza y eternidad, con ojos cual llama de fuego, escudriñadores y que conocen todo detalle de toda la vida de las iglesias, con los pies como bronce refulgente de su horno, avanza hacia la consumación, habla, y la música infinita es una armonía perfecta de todos los tonos de la voz de Dios.

*«Tenía en su mano derecha siete estrellas.»* El rostro es el conjunto de todas las facciones de la cara. El esplendor de la cúpula de la frente, coronado de pelo blanco, la gloria de los ojos maravillosos, la expresión delicada de la boca, de la cual saben palabras cortantes como espadas, y el sonido de la voz de muchas aguas; todas estas, y otras cosas no descritas, en combinación, y el resultado es un conjunto de luz y gloria, resplandor y fuerza. «Dios es un sol», y el confluir de las facciones de la humanidad en la perfecta impresión del rostro, revela con poder y majestad la Deidad del Hijo del hombre.

Toma este cuadro y vuélvelo a mirar, una y otra vez, hasta que la visión se apodere de ti en su maravilloso poder. Su cabeza y sus canas como lana, su pureza y su eternidad; sus ojos como llama de fuego, su conocimiento íntimo y penetrante; sus pies como bronce bruñido significan una actividad de pureza y fuerza; su voz como el estruendo de muchas aguas, concuerda en tonos perfectos; en su diestra siete estrellas, su derecho al gobierno, poder y protec-

ción; de su boca sale una espada aguda de dos filos, rápida y precisa en sus veredictos respecto a su pueblo; todo su rostro como el sol, creando luz, bañando el paisaje de hermosura.

Éste era el que se movía entre las iglesias en la visión del santo de Patmos, y éste es el que todavía unifica a las iglesias en la Iglesia, con su presencia y su presidencia.

De esta manera el Señor se ve en toda la plenitud y las funciones de su gloria, presidiendo sobre el testimonio de la Iglesia, en medio de la oscuridad, y ahora nos dirigimos a estudiar los mensajes que entregó, siempre reteniendo esta visión que tenemos delante.



# EL MENSAJE A ÉFESO

«Escribe el ángel de la iglesia en Éfeso: El que tiene las siete estrellas en su diestra, el que anda en medio de los siete candeleros de oro, dice esto: Yo sé tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado. Pero, tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de donde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vengo en seguida a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes. Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas, las cuales yo también aborrezco. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.» (Ap. 2:1-7).



# 3

# EL MENSAJE A ÉFESO

Al tiempo en que se escribió esta epístola, Éfeso era la metrópolis de Ionia, y sin duda era una ciudad grande y opulenta. Se reunían allí toda clase de personas, ricos e ilustrados, así como pobres y analfabetos. La condición general de la vida era la de riqueza, cultura y corrupción.

Por lo que se refiere a la historia de la iglesia allí, tenemos un interesante relato de su fundación y progreso en los Hechos de los Apóstoles. Este relato se halla casi del todo en los capítulos dieciocho y veinte. Pablo en sus viajes llegó a la ciudad acompañado de Aquila y Priscila. Como era su costumbre fue a la sinagoga, y habló a la gente reunida allí sobre el tema que siempre había en su corazón. Cuando se marchó dejó al matrimonio mencionado. De este modo fue predicado allí el mensaje del Cristo crucificado, y de este apresurado comienzo llegó a formarse una iglesia fuerte y digna de nota.

El próximo suceso importante fue la llegada de Apolos, había conocido a Jesús por medio del ministerio de Juan el Bautista, y era un hombre de gran capacidad mental y dones de oratoria. En Éfeso declaró todo lo que sabía de la verdad, con el resultado se formó un pequeño grupo, atraído por la historia que les contaba, aunque era imperfecta,

fueron bautizados en el bautismo de Juan. Más allá de esto no hicieron ningún progreso. Eran unos doce en total.

Luego vino una crisis. Pablo regresó a Éfeso, y Apolos ya había pasado a Acaya y Corinto. En los capítulos 19 y 20 de los Hechos se nos refiere brevemente la obra que se había realizado durante un período de unos tres años. Es muy interesante notar el crecimiento. Pablo halló a doce discípulos instruidos de modo deficiente, que no habían recibido todavía el Espíritu de Dios, hombres que eran seguidores de Cristo según la luz que habían recibido. Apolos les había predicado el bautismo de agua para arrepentimiento como preparación para la entrada en el Reino sobre el cual presidía Jesús. Pablo vio que desconocían los puntos esenciales del Cristianismo y les preguntó, evidentemente sorprendido: «¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?» Y ellos replicaron: «Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo.» Esto dio lugar a nuevas preguntas respecto a la naturaleza de su bautismo, y el descubrimiento que habían sido bautizados con el bautismo de Juan, por lo Pablo les guió a más luz. El afán con que obedecieron la nueva luz que cayó sobre ellos nos revela lo que habían ganado por la obediencia a la luz que tenían. Fueron bautizados en el nombre de Jesucristo, y el apóstol les impuso las manos, y recibieron el Espíritu Santo.

Entonces Pablo empezó a enseñar en la sinagoga, y es notable que se le permitió hacerlo durante tres meses. El efecto de su predicación fue el acostumbrado. A aquellos que eran desobedientes les entró un impulso de oposición y endurecimiento. El apóstol vio que había llegado el tiempo de fundar una iglesia aparte. Congregó a los discípulos fuera de la sinagoga, y procurándose un local en la escuela de Tirano, empezó a predicar allí. Durante dos años la iglesia fue creciendo hasta que llegó a ser un gran centro de operaciones misioneras. La Palabra de Dios resonó por toda Asia como resultado de la enseñanza de Éfeso.

Después, nótese lo que ocurrió. Aparecieron imitadores, hombres que deseaban conseguir los mismos resultados, pero que carecían del poder necesario. Algunos de ellos emprendieron la obra de echar espíritus inmundos, usando el nombre de Jesús, diciendo: «Te conjuro por el nombre de Jesús, a quien Pablo predica.» Pero el demonio no se



dejó engañar, y contestó en actitud de desafío: «A Jesús conozco, y sé quien es Pablo, pero vosotros, ¿quiénes sois? Y el hombre en quien estaba el espíritu malo se lanzó de un salto sobre ellos y, dominándolos, pudo más que ellos, de tal manera que huyeron de aquella casa desnudos y cubiertos de heridas.»

Los intentos de imitar la obra del Espíritu realizada por medio de los siervos de Dios termina en un desastre para aquellos que lo intentan. De esta experiencia resultó nuevo poder y empuje para la obra. Cayó sobre todos ellos temor, y los que practicaban las artes de la magia, trajeron todos los libros y haciendo un montón los quemaron.

Luego siguió nueva oposición contra Pablo, cuyo motivo era que había puesto en peligro el oficio y ganancia de los plateros.

Entonces Pablo dejó Éfeso y viajó por Macedonia. Volvió a pasar por la misma región, se paró en Miletos para poder ver a los ancianos de la iglesia de Éfeso, y como no iba a estar más con ellos, les dio las instrucciones de despedida.

Es más que probable que para este tiempo Juan fue a Éfeso y supervisó la iglesia. Cuánto tiempo se quedó allí no lo sabemos. Es probable que el mensaje de Jesús a la iglesia de Éfeso fue enviado unos treinta y cinco años después de la partida de Pablo. Revela los cambios que se habían operado en ella. Vamos a prestar atención a esto.

El Señor se presenta como «el que tiene las siete estrelas en su diestra, y el que anda en medio de los siete candeleras de oro». Aquí, como siempre, es notable lo adecuado de la selección. Es evidente que la iglesia de Éfeso estaba cumpliendo el verdadero ideal del orden de la Iglesia. Vemos a Cristo como el Centro y Director unificador de la iglesia, que anda todavía entre los siete candelabros de oro y que sostiene en su mano las siete estrellas. No se menciona nada más en esta visión descriptiva respecto a Él. El verdadero orden de la Iglesia es todavía mantenido, el ministerio está en su lugar propio y correcto. En lo exterior todo es como debía ser. No hay ninguna falla, defecto en la organización, en la obra, en la actitud, que pudiera descubrir algún apóstol visitante, o de que pudiera darse cuenta el mundo que observaba.

Luego sigue el elogio del Señor, un elogio tan notable que me atrevo a pensar que el considerarlo con cuidado nos inclinará a preguntar: ¿Puede haber algo que no esté conforme en esta iglesia? Si la hubiéramos visitado, con toda probabilidad habríamos informado que era la iglesia más notable que habíamos visto. El elogio es séptuple: «Yo sé tus obras, y tu arduo trabajo y paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia y has trabajado arduamente por amor de mi nombre, y no has desmayado.» Es en realidad una larga lista de encomio. Considerémoslo todo con mayor detalle.

*«Conozco tus obras.»* Esto hace referencia al servicio real que habían rendido. La iglesia no era un club para conservar la vida de unos pocos santos. Era una congregación activa y denodada de santos.

*«Y tu arduo trabajo.»* Esta palabra va más profundo, pues hace referencia al esfuerzo que produce el trabajo, a pesar del coste. Hay algunos que se envanecen de que el trabajo y los dones no les cuestan nada. Siempre que esto es verdad, el trabajo no vale nada. Esta gente en Efeso no podían jactarse de una cosa así, pues había las obras y el trabajo. No ofrecía al Maestro a la Iglesia y al mundo cosas sin valor, porque no costaban nada. El trabajo les costaba.

*«Y paciencia»*, que es la actitud de persistir en la tarea que produce el trabajo. Estas tres primeras palabras van enlazadas: «obras, trabajo, paciencia». Y las palabras son las más maravillosas que salieron de los labios de Jesús. No es meramente la opinión de un apóstol o un forastero. Es el veredicto expreso del Señor a su iglesia, el que tiene ojos de fuego y lo ve todo. Conozco tus obras, y que detrás de ellas hay trabajo, lo cual implica dolor, y alrededor de todo esto hay la paciencia que hace la obra permanente.

«y *que no puedes soportar a los malos.»* No dejáis pasar ninguna impureza dentro de esta iglesia. No tenéis complicidad con las cosas malas que se hacen en Éfeso. Habéis guardado la comunión de los santos contra la instrusión de hombres impuros. No habéis sido flojos en mantener la disciplina de la vida.

*«Y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos.»* La iglesia ha sido cuidadosa sobre su doctrina, cuidadosa respecto a lo que escuchaba, caracterizada por discernimiento y enjuiciamiento de los falsos maestros. No sólo ha sido perfecta su disciplina en cuanto a la vida de sus miembros, sino que ha rehusado tolerar a los falsos maestros que habían salido de ella.

Y con todo: «Has tenido paciencia y has trabajado arduamente por amor de mi nombre.» Su persistente fidelidad no había tenido lugar en circunstancias fáciles. La persecución había rugido alrededor de ellos, pero ellos se habían mantenido en sus obras.

Y finalmente las palabras finales y más notables: *«Y no has desmayado.»* Tenían una gran reserva de energía. Todo lo que había analizado había sido bajo el impulso y poder de una fidelidad indesviable.

Esta descripción es sin duda notable. La iglesia obrando, trabajando en la obra, con paciencia persistente en la labor que produce resultados. La iglesia rehusa tener comunicación con hombres malos, observando la falsa filosofía de cierta enseñanza y rechazándola. La iglesia persistente en su fidelidad e incansable en su servicio. Si el Maestro visitando la iglesia a la cual pertenecemos pronunciara palabras así, ¿no consideraríamos que constituían el elogio más elevado que nos sería posible recibir?

Y además, después de la queja que tiene de ellos, todavía añade otro elogio. «Pero tienes esto, que aborreces las obras de los nicolaítas.» Hay algunas dudas respecto a los puntos de vista de los nicolaítas. Nos puede proyectar algo de luz sobre ellos el mensaje que se manda a Pergamo. «Pero tengo unas pocas cosas contra ti; que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación. Y asimismo tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, (la que yo aborrezco).» Mi convicción personal es que los nicolaítas eran personas que toleraban ciertas formas de impureza, y hacían de la gracia de Dios una capa para la lascivia. Creo que la herejía era lo que se conoció en días Posteriores como antinomianismo, que declara que la gracia es suficiente para la salvación, y que la forma de vida

no tiene mucha importancia. Esta herejía será considerada con más detalle en la carta a Pergamo.

Un elogio tan maravilloso parece que no deja nada que desear. No un ojo corriente, sino un ojo de fuego, que es el ojo del amor, es el que detecta esta falla en Efeso en este punto. Más tarde el fallo va a ser notado incluso por los extraños. El Señor se daba cuenta de la enfermedad de su comienzo, mientras que los demás sólo la conocen cuando se manifiesta externamente. La luz de una cámara fotográfica revela la enfermedad en el rostro de un niño mucho antes que aparezcan los síntomas que puedan ser captados por el médico. Lo mismo, la luz purificadora de los «ojos de fuego» se da cuenta de la ausencia de una cualidad esencial en la vida de la iglesia.

«Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.» Esto es todo. No hay ni una palabra más. Inmediatamente pasa al consejo que tiene para dar a la Iglesia. Sin embargo, ¡cuánto ha dicho! Viendo a la Iglesia ahora a la luz de esta declaración, una sombra empaña el resplandor de todos los demás logros. ¿Qué es el primer amor, y en qué consiste perder el primer amor?

El primer amor es el amor del desposado. El primer amor es el del esposo y de la esposa. Al escribir a los Corintios, Pablo dice: «Porque os celo con celo de Dios; pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo.» Esto es el primer amor. Y esto es la pérdida del amor puro: «Pero temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo.»

Los elementos del primer amor son los de la simplicidad y la pureza. Pensemos ahora por un momento en lo que este mismo apóstol escribe a la Iglesia de Éfeso. Después de tratar de las relaciones del esposo a la esposa, y de la esposa al esposo, escribe esta maravillosa afirmación. «Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia.»

Ahora bien, ¿cuál es el misterio al cual se refiere? Es el misterio del amor que tiene su más radiante revelación en la relación matrimonial, y el apóstol declara que esta relación es el símbolo más perfecto del amor que existe entre



Cristo y su Esposa. «Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia.» Es evidente, pues, que el amor de Cristo por la iglesia está tipificado por el amor del esposo por la esposa. «Las casadas estén sometidas a sus propios maridos, como al Señor.» Así que el amor de la Iglesia hacia Cristo está tipificado por el amor de la esposa al marido. ¿Cómo es, pues, el amor de Cristo a la Iglesia? Es un amor generoso, un amor en el que no hay la más leve sombra de egoísmo. ¿Cuál es, pues, el amor de la Iglesia para Cristo? La respuesta del amor al misterio del amor, la sumisión del amor al amor perfecto. El primer amor es el de los esposos. Sus notas son la simplicidad, la pureza; el amor matrimonial es la respuesta del amor al amor, la sumisión de un gran amor a un gran amor, la sumisión de un amor que se niega a sí mismo a un amor que corresponde. El primer amor es el abandonarlo todo por un amor que lo ha abandonado todo.

El primer amor resiste todo análisis. Ama, no sabe por qué, excepto que el que ama ha atraído al amado por amor, y que el amor que responde es puro, generoso, ardiente, humilde. La iglesia de Éfeso había tenido su primer amor, el amor de los esposos, el amor de la simplicidad, el amor en el cual no hay motivos bajos. El primer amor es brillante como la mañana, son la promesa de la esperanza, una llama en cuya presencia todas las otras emociones y entusiasmos quedan incluidos. Era esto lo que echaba de menos el Maestro. No es el alma la que trata de amarle. Cuando sientes la necesidad de Él como Salvador, cuando amanece en ti la visión de su perfecto amor, y hallas que la salvación perfecta que Él te ha ofrecido es Él mismo, tu alma extasiada se adhiere a Él por la excelencia de su propio carácter. En el conocimiento y experiencia del amor infinito de su corazón, nació tu amor, y la primera oleada de rubor de tu amor naciente fue pura, generosa, humilde, ardiente como una llama que lo consumía todo en su fervor y su fuego.

Pensemos ahora en el sentimiento infinito de esta frase de queja: «Has dejado tu primer amor.» La emoción y el entusiasmo y la energía se han desvanecido. Jesús lo reconoce. Judas criticó el amor de María de Betania porque el amor de ella sobrepasaba todos los límites de la prudencia

y la regularidad. El amor no se puede pesar en balanzas. Salta del cauce que se le traza, y se desparrama por las praderas, donde deja un rastro de fertilidad y la fragancia de las flores. No se puede comprimir en una fórmula matemática. Canta en poemas, y olvida los cálculos. Adora en abandono y se salta la aritmética. Es la corona de toda experiencia consciente en la vida.

La iglesia de Efeso aún era una iglesia notable, pero carecía del elemento del entusiasmo, que en los ojos del hombre mundano calculador es imprudencia. Hay algunos que creen que esta falta de entusiasmo es una ventaja. Dios tenga misericordia de los tales. Yo oro para que nunca venga el día en que los heroísmos y entusiasmos del primer amor cesen. Cristo confronta a esta gran iglesia y le dice: «Hay mucho excelente aquí, pero echo de menos el primer amor. No oigo cantar a una hora intempestiva. Busco en vano la fragancia del nardo. La iglesia se ha vuelto

*Regular, glacial, impecable,*
*espléndidamente nula.»*

Después de haber hablado Cristo, volvemos a considerar el elogio, y aún en este elogio vemos que podemos hallar omisiones, cosas que Cristo podría haber dicho, pero que no se quedaron cuando se fue el primer amor.

En la primera carta a los Tesalonicenses tenemos un cuadro que podemos sacar por inferencia de una iglesia en su primer amor. El apóstol describe su condición diciendo: «... acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza en nuestro Señor Jesucristo.»

Aquí están las mismas cosas que Cristo elogia en Efeso, y con todo son diferentes. Bajo el impulso del primer amor el apóstol habla a los Tesalonicenses, «de la obra de fe... la obra del amor... la paciencia de la esperanza». Pero hablando a la iglesia de Éfeso Jesús dice «obra... trabajo... paciencia». ¿Qué es lo que falta? «La fe, el amor, la esperanza.» En el primer amor hay «obra de fe». Cuando se pierde el primer amor hay «trabajo». En el primer amor hay «trabajo de amor». Una vez se ha perdido el primer amor, pasa



a ser «trabajo». En el primer amor hay «paciencia de la esperanza». Cuando se pierde el primer amor sólo queda «paciencia». Lo externo queda, pero la fuente subyacente ha sido debilitada. La fe de la cual crece la obra, falla. El amor, el principio del trabajo, mengua. La esperanza, la inspiración de la paciencia perpetua, se obscurece. Ahora bien, estas tres, fe, esperanza y amor, todas ellas, se centran en la Persona. Donde hay fe en Él hay obras permanentes y fuertes. Donde hay amor para Él, el trabajo continúa firme, persistente. Donde hay esperanza perfecta hacia Él, la paciencia es perpetua. Hasta ahora no hay manifestaciones externas alarmantes, pero el Maestro ha descubierto que por dentro están volviéndose hacia atrás. Dice, en efecto, habéis perdido vuestro primer amor, vuestras obras prosiguen, pero vuestra fe en mí no es lo que era; vuestro trabajo es todavía visible, pero el amor es más débil; vuestra paciencia se echa de ver, pero vuestra esperanza no brilla con el mismo resplandor. A menos que se arrepientan y vuelvan a las primeras cosas, van a perder su candelabro. Cuando la llama del amor vacila, sus hermanas, la fe y la esperanza se debilitan, y acaban ardiendo con llama macilenta que es incapaz de iluminar las tinieblas circundantes.

A la luz de estas afirmaciones, sin embargo, se pueden reconocer otras partes del elogio. ¿No es más que probable que su misma oposición a los hombres mentirosos y su doctrina sufría por la falta de amor? Creo que hay que ir con mucho cuidado en este punto, pues el Señor las elogió tal como eran, pero no puede caber duda que es posible hacer cosas buenas en un espíritu equivocado. Muchas veces, cuando encuentro personas que luchan con ardor contra lo que ellos llaman doctrinas heterodoxas, y en lenguaje duro atacan la falsa doctrina, siento más miedo por los hombres que atacan que por los atacados. Hay una ira contra la impureza que es impura. Hay un celo por la ortodoxia que es en gran manera heterodoxo. Hay un espíritu que lucha por la fe que se halla en conflicto con la fe. Si los hombres han perdido su primer amor, harán más daño que beneficio con su defensa de la fe. Detrás de la denuncia del pecado siempre tiene que haber la ternura del primer amor si la denuncia no ha de transformarse en daño, por su amargura. De-

tras del celo por la verdad, tiene que haber siempre espacio suficiente para el primer amor, si el celo no se ha estrechado hasta el odio. Ha habido hombres que se han vuelto tan egocéntricos en su estrechez que ellos dicen es defender la verdad, que el mismo principio por el que luchan, ha sido excluido de su vida y su servicio. Todo celo por el Maestro que no es el resultado del amor a Él es inservible. Su amor es tan perfecto que no hay nada que pueda ocupar el lugar del amor como recompensa al mismo. El que corteja a la novia no puede tener nunca el corazón satisfecho con una de sus doncellas. La actividad en el negocio del Rey no compensa el descuidar al Rey. El que ha perdido su primer amor no puede satisfacerse con obras, trajo y paciencia, y odio al pecado y ortodoxia. El Maestro espera amor. Tu iglesia puede ser tenida como una de las iglesias entre las que Él anda; pero El, andando allí, echa de menos tu amor, y nada le satisface sino amor. ¡Oh, qué cuadro más hermoso! Cristo en toda su gloria busca, entre las iglesias, ante todo amor. Cuando contempla las perfecciones extermas de Éfeso, descubre que el amor, el tono, el temperamento de la iglesia está alterado. No hay otro ojo como el suyo que pueda descubrir que la flor se ha *m¿* rchitado y que la llama es más tibia.

Sin duda este mensaje tiene que ser repetido a las iglesias hoy. Tu obra, tu trabajo, tu paciencia se ve bien. Nunca has estado más ocupado. Nunca ha habido más organizaciones, ni has funcionado con tanta precisión. Pero ¿hay amor? Un amigo mío, hace unos años tenía una hijita a la que amaba con locura, y que cuando ocurrió el hecho que relato, tendría unos diez u once años. Había mucha intimidad entre los dos y siempre estaban buscando el uno la compañía del otro. Pero para este tiempo la niña mostró una tendencia a separarse, que el padre no se podía explicar. No podía conseguir su compañía como antes. Ella parecía evitarle, y si él iba a dar un paseo ella tenía algo que hacer en casa. Él estaba triste y su actitud hacia ella no cambió, pero se abstuvo de mencionarle el hecho evidente. Llegó el día del cumpleaños del padre y muy de mañana la niña entró en su cuarto sonriente y le dijo: «Papá te traigo un regalo de cumpleaños.» Le entregó un paquete y al abrirlo el padre halló un par de zapatillas magníficas, muy



adornadas. «Querida», le dijo el padre, «has sido muy cariñosa al comprármelas». «Oh, papá», le contestó «no las compré, te las hice». Entonces él la miró y dijo: «Ah, ahora comprendo. ¿Es esto lo que has estado haciendo estos tres meses?» Ella contestó: «Sí papá, pero ¿cómo sabías que había estado trabajando en ellas?» Entonces él le dijo: «Durante estos tres meses, aunque yo quería estar contigo, tú siempre estabas ocupada. Querida, ahora ya tengo las zapatillas, pero recuerda que te quiero a ti más que todas las zapatillas del mundo.»

La historia es inocente e infantil, pero ha tenido para mí mucho valor espiritual. Algunos estamos tan ocupados aquí y allí en los negocios del Señor que no tenemos mucho tiempo para Él. Hay mucho que hacer. No quiero que se me comprenda mal. Somos perfectamente sinceros en nuestra devoción, y con todo me parece como si Él nos dijera: «Conozco tus obras, tu trabajo y tu paciencia, pero echo de menos el primer amor.» ¿No recuerdas tu primer amor, aquella emoción, cuando te parecía que toda la naturaleza estaba cantando un nuevo cántico y cuando tu principal deleite era el estar con el Señor, el mirar su rostro, y en adoración silenciosa esperar el sonido de su voz? Oh, si este antiguo deleite ha dejado de ser familiar, no hay nada que pueda compensarlo ni para Él ni para ti.

Y ahora, nota brevemente el consejo que da Cristo a esta iglesia, el mandato, advertencia y promesa. El mandato se expresa en las tres palabras: Recuerda, arrepiéntete y haz. Estas son las palabras que usó el Maestro, y que te ayudarán a recordar los términos de su consejo.

«Recuerda, por tanto, de donde has caído, y arrepiéntete», regresa y piensa en el primer amor y su frescura. Recuerda en tu corazón la luz que nunca habías conocido antes de que empezaras a amarle. Regresa a la vida que brota en la primavera. «Recuerda.» ¡Oh, la ternura de esta palabra de Cristo! No te satisfagas ya más con el nivel muerto de tu ortodoxia, y tu precisión mecánica en el servicio. «Recuerda, por tanto, de donde has caído.»

Y «arrepiéntete». Luego, vuelve a tu corazón y propósito tu vieja actitud, la actitud de simplicidad y pureza, el abandono de todo por el amor, el amor de esposos, el primer amor que deja a padre y madre, casa y tierras por el

amado. Vuelve a él, vuelve a tus primeras obras. Que Jesús diga: «Ésta es la obra de Dios, que creáis en Aquel a quien Él ha enviado.» Jesús dice a la iglesia de Éfeso: «Tu falta de amor demuestra el fracaso de tu fe. No crees en mí como antes, o me amarías como antes. Has perdido una confianza absoluta. Y si el fruto de tu amor es maleado, es porque hay alguna enfermedad en la raíz de tu fe.»

Luego, finalmente, nota el solemne aviso. «Pues si no, vengo en seguida a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes.» ¿Qué quiere decir: «Quitaré tu candelero»? Significa que a pesar de toda la perfección de tu obra, tu trabajo y tu paciencia, a pesar de tu ortodoxia fría y tu pureza, a menos que haya amor, el candelero tiene que ser quitado. Es imposible dar testimonio de Cristo en la oscuridad del mundo excepto en el poder del primer amor. No son obras abundantes, ni decisión arrojada para dar testimonio contra el pecado del mundo lo que le sirve a Él. A menos que haya el primer amor, el candelabro tiene que ser retirado. Es un aviso solemne. Ojalá que pudiéramos entenderlo y ver que no es meramente una amenaza esporádica, sino una afirmación de algo inevitable. La pérdida del primer amor a Cristo de modo inevitable va a redundar en la pérdida de amor a los hermanos, y no puede por menos de secar los ríos de compasión hacia el mundo exterior. Es el primer amor del santo la verdadera luz que brilla en lugar oscuro. Cuando los hombres fuera de la Iglesia puedan mirar en su comunidad y ver «como se ama esta gente», se sentirán atraídos al Centro del cual procede este amor. Sin el primer amor podemos retener una actividad incesante, una pureza inmaculada, una severa ortodoxia, pero no habrá luz en el lugar oscuro.

No son nuestros actos los que iluminan el mundo. No es nuestro ceremonial impecable el que ayuda a los hombres. No es la corrección con que defendemos la verdad que ayuda a la raza que muere. Es nuestro amor, primero a nuestro Maestro, luego de los unos a los otros y, finalmente, al mundo.

Notemos pues la gracia que se nos da en la promesa final. «Al que venza, le daré a comer del árbol de la vida, el cual está en medio del paraíso de Dios.» ¿Y cómo puede vencer el hombre? Recordando, arrepintiéndose, y haciendo, o sea, regresando al comienzo. Entonces podremos comer del árbol de la vida. Fíjate como estas palabras van juntas: Vida, luz, amor. Son las mismas palabras que Jesús vino a darnos, y sólo cuando tenemos vida amamos, y sólo cuando amamos, podemos derramar luz.

La suprema lección de este estudio de hoy es la de mantener nuestro posición como portadores de la luz, nuestra comunión con el Maestro, con la entrega y devoción del primer amor. «Si yo hablara lenguas humanas y angélicas pero no tengo amor,vengo a ser como bronce que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese el donde profecía y entendiese todos los misterios y la ciencia y si tuviese toda la fe y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, pero no tengo amor, de nada me sirve.»

«Y escribe el ángel de la iglesia en Esmirna: El primero y el postrero, el que estuvo muerto y volvió a la vida, dice esto: Yo sé tus obras y tu tribulación y tu pobreza, pero eres rico, y la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás. No temas en nada lo que vas a padecer. Mira, el diablo va a echar a algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación durante diez días. Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El que venza, no sufrirá ningún daño por parte de la muerte segunda.» (Ap. 2:8-11.)



# 4

# EL MENSAJE A ESMIRNA

Esmirna fue durante muchos siglos una ciudad próspera. Antiguamente era un poblado jonio, y pasó un período de oscuridad. Fue reconstruido por Alejandro el Grande y Antígono, y casi inmediatamente se hizo famosa y rica.

No tenemos ningún relato de la Escritura referente al comienzo de la iglesia allí, pero la historia nos cuenta la persecución de la iglesia, y las crónicas, el hecho del martirio de Policarpo en el año noventa. La historia además declara la causa de la persecución, al mostrar que tuvo lugar por el clamor de la población pagana, excitada por la comunidad judía. Esta afirmación es valiosa pues arroja mucha luz sobre algunas de las cosas mencionadas incidentalmente en la mensaje.

El Maestro, al dirigirse a la iglesia habla de sí mismo como «el primero y el postrero, el que estuvo muerto y volvió a la vida». Estas palabras son una repetición de las que Cristo dirigió a Juan cuando, aterrorizado por la presencia de su gloria había quedado como muerto. Esta iglesia se halla en medio de una gran tribulación, y el Señor se anuncia a sí mismo como el que vive y ha pasado por la muerte, y por tanto posee las llaves de la muertey el Hades. Al acercarse a gente que habita en la región de sombra de muerte,

algunos de los cuales ya habían sufrido el martirio, y otros veían aproximarse el momento de su muerte por su lealtad a Cristo, Él les recuerda que es el Señor en todos aquellos lamentables sucesos y tiene en su mano las llaves. La descripción tiene por objetivo la consolación de las personas afligidas, y realmente, dé esta descripción con la la que nuestro Señor se presenta a sí mismo fluye todo el consuelo que sigue. Ellos se hallan en medio de la aflicción y Él les declara primero que Él mismo ha estado hasta lo sumo en ella, y que vive otra vez. Se hallan bajo la sombra de muerte, y Él les dice «que estuvo muerto y volvió a la vida». Ellos se hallan ahora en medio de las perplejidades y dudas que asedian a los hombres cuando se hallan en la aflicción. Les dice que Él, habiendo estado muerto, vive; y además, que tiene las llaves de la muerte y el Hades, los símbolos de solución y de autoridad. Él ha resuelto el problema y es ahora Dueño de la situación.

El método del Señor de encarecer a la iglesia de Esmirna es notable. No les ofrece ninguna solución del problema de su dolor, y puede decirse que su encarecimiento está contenido en un silencio y un paréntesis. Su aprobación de esta iglesia se manifiesta no ya por lo que les dice, sino por el hecho que no tiene quejas de ellos. Añadido al silencio hay una breve frase, introducida de mqdo parentético, de sólo unas pocas palabras (pero eres rico). Una investigación cuidadosa mostrará el valor de esta frase, y ¿quién no preferiría este rayo iluminador a todo el elogio que salió de sus labios para la iglesia de Éfeso? Aquí, como siempre, el valor de la afirmación depende del hecho que fue Cristo el que lo pronunció. Sólo podremos entender el silencio de Jesús y el elogio entre paréntesis si examinamos cuidadosamente el contexto. Veamos qué es lo que revela.

De la iglesia, dice Cristo, sé tres cosas: «tu tribulación y tu pobreza y la blasfemia de los que se dicen judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás». Mencionémoslos separadamente: «Conozco tu tribulación.» «Conozco tu pobreza.» «Conozco la blasfemia de los que se dicen ser judíos, y no lo son, sino sinagoga de Satanás.» Tribulación, pobreza, oprobio. Éstas son las palabras que revelan la condición desesperada de la iglesia en el momento en que el Señor les envía su mensaje.



Primero: «Conozco tu tribulación.» Ésta es una palabra fuerte, que no se usa con frecuencia. Significa la presión de la persecución. Jesús no dijo que conocía sus pruebas, el testimonio ocasión de la fe, experiencias que eran comunes a todos los santos y necesarias para su perfeccionamiento, sino «su tribulación». Nuestra palabra tribulación sugiere el azote de los romanos, pero la palabra que usa el Señor sugiere más bien la presión de la piedra de molino que muele el trigo o la presión que exprime el zumo de la uva. Es una palabra vibrante de significado. Estas personas estaban bajo una presión de muerte a causa de su lealtad a Cristo, y cuando Él mira a la iglesia, dice en tono de infinita ternura: «Conozco tu tribulación.»

Además: «Conozco tu pobreza.» Y la palabra indica real mendicidad. Aquí no hay referencia a pobreza de espíritu. Con toda probabilidad estas personas habían sufrido la pérdida de todo lo que tenían en la persecución que se había desencadenado contra ellos, la pérdida de sus oficios, de su posición social, la pérdida de lo indispensable para la vida; quedaban reducidos a la mendicidad. «Conozco tu pobreza.»

Y también: «Conozco la blasfemia de los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás.» El uso de la palabra blasfemia es algo peculiar aquí. Evidentemente el Señor usa la palabra no en el sentido específico de ser contra Dios, sino en su sentido más simple de vilipendio y oprobio. Aquí el Señor revela su conocimiento íntimo de las causas de las cuales procede toda esta dificultad. Con toda probabilidad la difamación de la Iglesia por la sinagoga había dado origen al hostigamiento del pequeño grupo de cristianos por parte de los paganos de Esmirna. Los miembros de la sinagoga judía, que odiaban a los discípulos cristianos habían esparcido calumnias respecto a su carácter, propósito y modos de vida. Las historias habían excitado a la población pagana, y probablemente de ello había seguido la confiscación de sus bienes, por lo que habían quedado reducidos a su estado actual de carencia de todo. Es muy interesante notar la semejanza que hay entre lo ocurrido a estas personas de Esmirnaa y la experiencia del Señor mismo. Este hecho parece hallarse en la frase: «volvió a la vida». Antes de empezar a hablarles, el Señor les

recuerda su propia experiencia; y les declara que Él, habiendo pasado por esta condición, encontró la puerta hacia la vida.

Aquello por lo que están pasando es en muchos sentidos casi idéntico a lo que Él pasó. La fuerza que dio lugar a su muerte fue la blasfemia de los judíos, actuando sobre una nación pagana, que le quitó todo lo que poseía y le entregó a la muerte. La persecución que culminó en su propia muerte había empezado dentro de la sinagoga, el mismo centro de la pretendida religión, y había seguido su curso a través del poder pagano hasta su terrible resultado.

Por ello, dirigiéndose a este grupo les dice: «Conozco», y la fuerza de esta palabra no es meramente que lo mira, lo observa, sino que Él ha pasado por la misma experiencia. Conozco el dolor del vilipendio, de la pobreza y la tribulación final. Conozco todas estas profundidades. Por ello les consuela con la declaración de que se siente muy cerca de ellos.

¡Con qué precisión e impacto resume en una frase la verdad sobre la condición de los judíos de Esmirna! Son «la sinagoga de Satanás», y estos son los que han perseguido a los suyos. Nótese el contraste. La iglesia de Esmirna. La sinagoga de Satanás. La iglesia del Dios vivo, el pueblo escogido. Una sinagoga de Satanás, las fuerzas congregadas. Esta terrible acusación resulta del hecho que han difamado a su pueblo, o sea, que están bajo las órdenes del calumniador y mentiroso cuyo perpetuo objetivo es difamar a nuestro Dios y a su Cristo.

Así que se identifica con su sufrimiento, y pronuncia esta frase de máxima condenación para los que causan esta situación.

Vayamos ahora a los elogios. Primero el silencio, y lo que se puede decir respecto al silencio. Es más elocuente que las palabras. No hay palabras de queja. El carácter y la conducta de la iglesia de Esmirna era de tal perfección que satisfacía el corazón del Señor, y cuan maravilloso es recordar que la tribulación, pobreza y oprobio hacen mayores exigencias sobre el espíritu de los que pasan estas vicisitudes que cualesquiera otras circunstancias. No hay prueba más profunda de la gracia del carácter que la de poder sufrir la injusticia y con todo manifestar un espíritu



de gracia. Con cuanta frecuencia hemos caído en este punto. Repetidas veces, cuando hemos estado sufriendo por causa de la justicia, hemos manifestado un carácter y conducta muy lejos de ser ejemplares. No es ésta la historia del fracaso del gran siervo de Dios Moisés que: «Habló con poco juicio con sus labios.» Y si bien el pueblo obraba injustamente, en la presencia de su injusticia, él obró mal, manifestando un espíritu de provocación. Cristo observa a estos santos de Esmirna, perseguidos, harapientos, vilipendiados, y no halla falta alguna en ellos. Su espíritu bajo la tribulación satisface el corazón de Cristo. Las gracias superiores del carácter cristiano sólo son reveladas bajo la presión y el roce, como la fragancia de algunas especias sólo se obtiene triturándolas. Cristo llegó a ser para Dios olor de suavidad por medio de las terribles experiencias de la Cruz. Su espíritu tierno y manso se vio con toda perfección en medio de circunstancias que provocaban al odio y al resentimiento. Lo mismo ocurre a estos cristianos de Esmirna. Bajo la presión y el conflicto, Cristo no halló en ellos nada condenable, y en el silencio se halla el mayor de los elogios.

De tal valor es esta enseñanza que hago una pausa para presentar su aplicación. Algunos hijos de Dios, abrumados por tribulaciones intolerables están anhelando oír el sonido de su voz, pero sólo hay silencio. Es posible que el silencio sea una señal, no de desaprobación, sino de aprobación. No te abatas. Si en medio de la tribulación y el sufrimiento no oyes ninguna voz, es posible que el silencio del Señor sea el mayor de los elogios. Hay una hermosa historia de una monja que soñó que veía a otras tres monjas en oración. Éstas se habían arrodillado cuando el Señor se acercaba a ellas. Cuando llegó a la primera de las tres, se inclinó con tierna solicitud y le sonrió amoroso, diciéndole palabras que eran dulces como música. Al dejarla y acercarse a la siguiente le colocó sólo la mano sobre la cabeza y le dio una mirada de aprobación. Pero cuando pasó cerca de la tercera lo hizo rápidamente, sin decir palabra y sin mirarla. La monja en su sueño se dijo para sí: ¡Cuan tiernamente el Señor amaría a la primera! Con la segunda evidentemente no está enfadado, aunque no le habla de la misma forma que a la primera. Se preguntó en cuanto a la ter-

cera, en qué le había agraviado, pues ni tan sólo la miró ni le dijo palabra. Mientras en su sueño intentaba explicarse las acciones del Maestro, éste se dirigió hacia ella y le dijo: «Oh, mujer del mundo, erróneamente has juzgado. La primera mujer necesita todo el apoyo de mi cuidado constante para que pueda proseguir su camino. En cuanto a la segunda tiene una fe y un amor más sólidos, pero la tercera, por cuyo lado pasé de largo, ésta tiene una fibra de fe y amor que son de primera calidad, y la estoy preparando para servicios santos y elevados. Me conoce y me ama y confía en mí de modo tan perfecto que no hay necesidad de palabras ni de miradas con ella.»

No te sorprendas si no tienes ninguna visión. Es posible que la visión concedida no sea nada más que una prueba de debilidad. Pedro, Santiago y Juan fueron al monte y allí contemplaron la visión de la Transfiguración. La común interpretación de esto es que eran apóstoles especiales que iban siendo preparados para un servicio especial, y aunque no lo podemos negar, personalmente, no me sorprendería si en el día perfecto descubriéramos que la razón que explica la atención especial del Maestro era su debilidad en vez de su fuerza. No hay una palabra de elogio para la iglesia de Esmirna, pero el gran silencio cuando pasaron por el fuego de la prueba, demuestra que son aprobados por lo genuino de su espíritu.

Y con todo, hubo más que silencio, precisamente una palabra que brilla en un paréntesis: «pero tú eres rico». Es como si se inclinara hacia ellos y les susurrara la gran verdad. Esmirna considera que eres pobre. Yo te considero rico. La blasfemia de los judíos y la persecución de los paganos te ha robado todo lo que tenías, pero no has perdido nada. Has probado un poco de pobreza, conozco tu dolor, y con todo nunca has perdido las riquezas espirituales. Mientras yo estaba en la tierra como un hombre, era poco menos que un mendigo, pero mi Padre estaba conmigo. «Conozco que eres pobre (pero eres rico).»

Estas palabras nos recuerdan la concepción que tiene el Señor de las riquezas según se revela en la palabra del hombre rico. Éste decía de sí mismo: «Diré a mi alma: Alma, sacíate con los bienes que tienes acumulados.» ¡Como si una vida pudiera saciarse de bienes! Y con todo



el único lugar de adoración para muchos es el lugar en que guardan sus tesoros. Al final de la parábola Jesús dice: «Así ocurre al que guarda tesoro para sí mismo y no es rico para con Dios.» Estos santos de Esmirna no poseían bienes, pero eran ricos para con Dios. «Conozco tu pobreza», no tienes graneros ni almacenes, pero posees todas las riquezas.

También nos recuerda la palabra de Santiago, el apóstol práctico y previsor. «¿No escogió Dios los que eran pobres en cuanto al mundo para ser ricos en la fe?» Esto es lo que quiere decir el Señor. «Conozco tu pobreza», eres pobre en cuanto al mundo. Te han quitado todo lo que poseías, pero eres rico en fe, en el principio que posee las cosas invisibles e imperecederas.

Y con todo, las palabras de Pablo se repiten. La concepción que tenía Pablo de su propia posición armoniza perfectamente con la evaluación que hace el Señor de los cristianos de Esmirna. «Como pobre» —tan pobre que tenía que hacer tiendas para ganarse la vida, que tiene que pedirle a uno que va a visitarle que le traiga un viejo abrigo para protegerse del frío—, «pero haciendo a muchos ricos» tan ricos que puede ministrar a los demás sin coste para ellos. «Como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo.» «Conozco tu pobreza», dice Cristo, «sé que sois pobres, que no tenéis nada, pero sois ricos, enriquecéis a otros, poseéis todas las cosas.

Todo esto es de gran interés, pero no hemos tocado todavía la nota más profunda de la exposición. Leamos otra vez las palabras familiares que escribe Pablo respecto al Señor: «Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos.» Las palabras usadas son exactamente las mismas. «Se hizo pobre.» «Conozco tu pobreza.» «Era rico», «pero tú eres rico». «Conozco tu pobreza. Yo he sido pobre pero tú eres rico, porque a través de mi pobreza, has entrado en mi riqueza, y aun en medio de toda tu pobreza, posees la riqueza que permanece. Conozco tu pobreza porque la he compartido. Conozco tu riqueza, porque te la he dado.»

¿Qué palabras de consuelo tiene Cristo para las personas que pasan por circunstancias difíciles? Dos princi-

pálmente. Primero: «No temas», y segundo: «Sé fiel hasta la muerte.» Al leer este pasaje creo que lo más sorprendente es descubrir que no les da una sola promesa de que van a escapar de sus sufrimientos. No. Les dice que van a venir pruebas más difíciles, pero que «no teman», como preparación para cuando lleguen estas circunstancias. No hay promesa de socorro. No dice: «Todo ha pasado ya.» Sino que anuncia nuevas calamidades. El consuelo consiste en saber que Él conoce las cosas que han de ser, y para hacer frente a ellas les dice: «No temas.» Conozco el sufrimiento y conozco lo que os reserva el futuro, que «el diablo está a punto de echar algunos de vosotros a la cárcel, para que seáis probados, y tendréis tribulación durante diez días». No temas estas cosas, pues, aunque el cielo se ponga más nublado y aumente la presión. Y consuélate con saber que conozco estos sufrimientos.

Luego, «sé fiel hasta la muerte», vive conforme al principio de la fe, incluso hasta la muerte. La palabra «fiel» aquí procede de una raíz que significa «estás convencido». La finalidad nace de la convicción, y la confición necesita base y fundamento. ¿En qué consiste esta fidelidad que se les manda? La fidelidad de los santos es la seguridad de la fidelidad de Jesús. El estar plenamente convencidos de su fidelidad produce nuestra fidelidad. Siempre que un hombre, mujer o niño que se halla bajo circunstancias de dolor o prueba está profundamente convencido de la fidelidad de Cristo, él mismo va a ser fiel de modo necesario. Es como si Él les dijera: Os van a echar a la cárcel, para probaros, pero sed fieles, vivid dentro de los límites de una gran seguridad. No tengáis dudas, podéis depender de mí. El Señor no les dice, preparaos, fortaléceos, sino simplemente: confiad en mí. No les dice que se ciñan los lomos y arrostren con denuedo lo que sea. Ésta es una manera pobre de intentar pasar los momentos de prueba. Lo que les dice es confiad en mí. Yo soy vuestra valentía. Yo vivo y estaba muerto. Conozco esto hasta lo sumo. No hay profundidad que no haya penetrado. Seguidme, confiad.

Y luego viene la promesa: «Y yo te daré la corona de la vida», y la palabra es plena y suficiente. Ésta corona que Él promete es la corona de realeza. Es más. Es la corona de realeza victoriosa. Es más. Es la diadema de la frente del vencedor que regresa del combate lleno de botín. A la corona se añade la riqueza. La presión de la tribulación no es accidental o caprichosa. De la tribulación surge nuestro triunfo. De las tinieblas sale la luz. Ésta es toda la filosofía del sufrimiento.

Éste puede ser un mensaje para algunos santos que están siendo probados. Y con todo, ¿no encuentran entre la niebla de estos valles, su corona de vida? Yo creo ver hoy el significado de misterios pasados en mi propia vida. De la presión de la tribulación extraemos el vino nuevo del Reino, y de la profunda oscuridad de la experiencia de la muerte en que el diablo nos zarandea y nos prueba, emerge una nueva capacidad, una nueva perspectiva, un nuevo significado a la vida, un nuevo tono en el habla. Casi de modo imperceptible, pero seguro, a través de los procesos del dolor, Dios está ampliando nuestro horizonte, y dando profundidad a las experiencias de la vida. Éste es el valor presente del dolor, pero su valor final es la plenitud de la cual todo esto no es sino un anticipo. Cuando lleguen a su término nuestras tribulaciones, y los procesos penosos de éste, entretanto encuentren su fin, y las presiones cesen, seremos coronados de vida, y entonces conoceremos el significado de la vida.

Todo esto hay que subrayarlo con el recuerdo permanente de las palabras que Cristo dirige a los santos que sufren. Insistiendo en sus propias experiencias, declara: «Yo esta muerto y he aquí vivo.» Conozco tus tribulaciones, pobreza, oprobios. Pero, sé fiel hasta la muerte. Ve como Él es fiel hasta la muerte. Si lo eres te daré la corona de la vida. Ve como Él está coronado de vida, como resultado de la mañana de resurrección. Éste es el corazón y centro del mensaje a los santos que sufrían en Esmirna. Soy vuestro compañero. Lo conozco todo y estoy con vosotros, dirigiéndoos a las fuentes de agua viva.

Luego hay la promesa añadida: «El que venza no sufrirá ningún daño por parte de la muerte segunda.» Siempre me ha parecido que esto es una nota inferencial de aviso y amenaza contra los perseguidores. Estos hombres de Esmirna van a morir, santos y pecadores, pero después de esta muerte hay otra. Los perseguidores de Esmirna van a pasar de muerte a muerte. Los creyentes de Esmirna, sien-

do fieles hasta la muerte, no pasarán por la muerte segunda, sino que pasarán a la vida. Los santos son ricos en la pobreza. Andan por las tinieblas a la luz. Viven más allá de la muerte.

Todo Esmirna va a sufrir la muerte, pero sólo aquellos cuyo principio de vida es la fe en Cristo van a pasar sin miedo por la primera muerte para hallar que la segunda está abolida para ellos.

De este mensaje no hay aplicación inmediata a la mayoría de los que escuchan las palabras. Algunas veces parece que hoy, todo reproche de Cristo haya cesado. No estoy seguro que esto sea una buena señal. Es dudoso si hay muchas personas que sufran hoy realmente por causa de Cristo. A veces oigo de alguno que habla de dificultades en su empleo o negocio, las burlas de los oponentes, pero ¿son estas cosas tan serias que valga la pena mencionarles? Cuando pensamos en la realidad de la persecución en Esmirna, y la de los tiempos primitivos de la Iglesia, ¿no hemos de pensar que nuestros sufrimientos hoy no son nada? Y con todo ¿no hay una nota de tristeza en esta misma ausencia de persecución? ¿Es la auténtica piedad popular hoy, o no se trata sino de una especie de Cristianismo híbrido? Dejó estas preguntas para que cada cual las conteste.

Y con todo hay bastantes oportunidades para aplicar esta epístola. Durante las matanzas de los armenios, y en el martirio de los cristianos chinos, hemos de dar gracias a Dios por este mensaje a Esmirna. El que anda en medio de los candelabros les dice, «aunque os veáis privados brutalmente de todos los derechos y aun de la vida... Yo conozco todo esto... y sois ricos». Creo oír esta voz por los valles y colinas de Armenia, y lo mismo en China o en Rusia. Él los corona de vida.

Y hay una aplicación inmediata para los que sufren en su nombre.

De esta meditación saco dos lecciones de interés general. Primero, la adversidad externa de una iglesia o una persona no es prueba de su pobreza o debilidad. No siempre una iglesia opulenta es una iglesia rica. El bienestar de los miembros no suele contribuir a la riqueza de la iglesia. Un grupo de creyentes, que luchan con la pobreza, forma



muchas veces una iglesia verdaderamente próspera y rica.

Segundo, saquemos consuelo de esta revelación de Cristo identificándose con los santos que sufren. Siempre que la Iglesia sufre tribulación, Él dice: «Lo sé.»

Y finalmente, gocemos en su afirmación de que tiene las llaves de todas las cosas que nos atemorizan y nos oprimen, y que los enemigos finales, la muerte y el Hades, y que las llaves se hallan en su diestra, símbolo de la solución de todo los conflictos y de autoridad. Al pasar por el valle de sombras. Él se nos acerca con estas llaves y dice: «No temas.»

Oh, santos que sufrís, y todos los que os acercáis al valle de sombras, ¡no temáis, no temáis! Confiad en Él hasta lo sumo, Él es fiel y a través de los antros de la muerte y del Hades nos conducirá a la luz. Cristo ha pasado por todas estas experiencias y misterios. Es posible que yo le diga a mi hijo: «No temas», cuando yo mismo estoy lleno de aprensiones. Pero Cristo, no. Él no teme porque sabe, y por tanto puedo decir como el salmista:

*«Aunque pase por valle de sombra de muerte,*
*no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo,*
*tu vara y tu cayado me infundirán aliento.»*

Él ha experimentado la sombra y el sufrimiento. Él tiene el cayado en su mano y nos guía, por la tribulación y aun la muerte, a la vida y la corona que nos espera más allá.

«Y escribe el ángel de la iglesia en Pérgamo: El que tiene la espada aguda de dos filos dice esto: Yo sé (tus obras, y) dónde habitas, donde está el trono de Satanás; pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos, y a cometer fornicación. Y asimismo tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas (la que yo aborrezco). Por tanto, arrepiéntete; pues si no, vengo a ti en seguida, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venza, le daré a comer del maná escondido, y le daré una piedrecita blanca, e inscrito en la piedrecita un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino el que lo recibe.» (Ap. 2:12-17.)



# 5

# EL MENSAJE A PÉRGAMO

Pérgamo era una ilustre ciudad de Misia, entregada por completo a las riquezas y a la moda. Al revés de Éfeso y de Esmirna, no era un centro de comercio. Esculapio, el dios de la medicina, era adorado allí en la forma de una serpiente, y el aspecto especial de este culto era el del estudio de las fuentes secretas de la vida, y como todo culto de la Naturaleza, había sido sincero al principio, pero había degenerado luego en corrupción. Este hecho puede arrojarnos luz sobre algunas de las afirmaciones que ocurren en la carta.

No tenemos ningún relato respecto a la fundación de la iglesia, y por tanto, sólo la podemos ver según lo que nos dice de ella el mensaje que consideramos.

Cristo habla a la Iglesia como: «El que tiene la espada aguda de dos filos.» Esta espada, como hemos visto, es el símbolo del discernimiento y el poder ejecutivo de la verdad. Lo apropiado de esto consiste en el hecho que esta iglesia está albergando el error. No que la iglesia en sí haya adoptado la enseñanza, ni que, en su conjunto corporativo haya cometido estas herejías, pero sí que es culpable de una actitud indulgente que intenta hallar lugar bajo su Palio para todas condiciones de hombre y de fe.

Acercándonos a la iglesia, el que tiene la espada de dos filos en su boca, empieza a tratar con los falsos maestros dentro de ella.

Leamos primero el elogio: «Yo sé [tus obras] y dónde habitas, donde está el trono de Satanás, pero retienes mi nombre, y no has negado mi fe, ni aun en los días en que Antipas, mi testigo fiel fue muerto entre vosotros, donde mora Satanás.» El Señor reconoce los varios peligros y dificultades que rodean a esta gente. La sugerencia que hay bajo el elogio es que es honroso haberse mantenido fiel al nombre, y no haber negado la fe. La inferencia es que si había un lugar en que las circunstancias se prestaban a negar el nombre, sin duda eran las que se daban en la ciudad de Pérgamo en aquellos tiempos.

El elogio consiste en una afirmación doble: «Retienes mi nombre», «No has negado mi fe». «Mi nombre, mi fe.» Y el énfasis del elogio se descubre por la consideración de estos peligros particulares que amenazan a esta gente. «Sé dónde habitas.» Esta afirmación está llena de consuelo. En toda circunstancia de prueba y tribulación y persecución y peligro oímos las palabras del Maestro: «Sé dónde habitas.»

En este caso el lugar es descrito como «donde está el trono de Satanás». Satanás siempre tiene alguna base de operaciones, algún punto central para su trono. Es muy difícil referirse a Satán sin desear decir más sobre él, y hay que decir mucho en estos días; y en un estudio de este mensaje es necesario detenerse para hablar más sobre este tema. Sin perder tiempo en discusiones sobre la personalidad de Satán, sino aceptándole como un hecho establecido, quedan ciertos hechos correlativos que es necesario repetir. Primero, Satán no es Dios, y por tanto no tiene ninguno de los poderes esenciales de la Deidad. No es omnisciente, omnipresente, ni omnipotente. No conoce como Dios conoce. No está en todas partes, como lo está Dios. No es todopoderoso, al revés de Dios. Es un ángel caído, «Lucifer, hijo de la mañana, cómo has caído». En su estado de caída y degradación ha retenido todas sus capacidades esenciales. La sabiduría, la posibilidad de trasladarse, y el maravilloso poder, que tenía antes de caer, son todos suyos hoy, pero no es Dios. Arrastró consigo a una hueste terrible de ángeles brillantes, y que ahora utilizan su maravillosa sabiduría, en estado caído, y la prostituyen para usos degradados. Para decirlo de modo simple, si el diablo está aquí, no puede estar al mismo tiempo allí, y viceversa. Sus mensajeros recorren todos los países, e incluyen todos los rangos de vida en sus operaciones, y estas ramificaciones del mal se hallan todas bajo el control supremo de Satán, el cual es el príncipe del poder del aire, el dios de este mundo, el hijo de la mañana, caído como un rayo del cielo. Para llevar a cabo sus empresas en el mundo, necesita un lugar que es su trono como base de operaciones. Es posible que tenga más de un lugar de este tipo y que pase de un sitio a otro con la rapidez de un rayo. Va de un sitio a otro constantemente, como un general que en el campo de batalla parece estar en todas partes. No es omnipresente como Dios. Al tiempo de escribirse este mensaje, por razones estratégicas suyas, había establecido su sede en Pérgamo. El Señor lo sabía y lo indica. Verdaderamente el diablo manifiesta mucha más sagacidad que los cristianos. Su trono será un punto estratégico a partir del cual puede ejercer mejor su influencia. Casi de modo invariable está en un centro de mundanalidad y de grandeza internacional. Doquiera se halle su trono, es un lugar de peligro peculiar. Como se ha dicho: «En los grandes centros de poder mundial, hay su ojo que vigila de modo peculiar, su energía que actúa, su influencia que emana.»

Ahora bien, éste era el peligro de la iglesia de Pérgamo. En Esmirna había «una sinagoga de Satán». En Pérgamo había el «trono de Satán». En Esmirna la oposición a la iglesia cristiana iba velada detrás de la religión. El diablo operaba a través de la sinagoga judía, y Cristo con desprecio habló de este centro como «la sinagoga de Satanás». En Pérgamo las cosas eran distintas. El trono de Satán estaba allí y el peligro que amenazaba a la iglesia no era el de oposición, sino el de «protección». «Donde se halla el trono de Satanás», significaba que los santos corrían el peligro de entrar en alianza con las fuerzas bajo su control.

La historia del mal creo que puede probar la afirmación que Satán quiere tener su sede en medio de la riqueza mundial, y todo lo que significa alimento para la vida de la carne, en los hombres. El Señor no dijo a los hombres lo

que nosotros decimos con frecuencia: «No podéis servir a Dios y al diablo.» No pongo en duda que esto sea verdad, pero lo que el Maestro dijo fue: «No podéis servir a Dios y a Mammón.» Con ello revela la antítesis entre las dos grandes fuerzas que gobiernan las vidas humanas. Dios y Mammón. Dios gobierna al hombre desde el lado espiritual de su naturaleza, y el hombre sólo puede ser gobernado en los aspectos elevados de su vida cuando es gobernado así. Mammón significa el poder mundano y la grandeza mundana, las cosas que los hombres del mundo consideran de valor. El diablo se esconde debajo de Mammón, establece su trono en el punto en que se hace sentir su fuerza, y desde allí gobierna a los hombres. Si piensas por un momento en los grandes males que son plaga de la tierra, y vuelves hacia atrás a la historia de estas cosas, descubrirás que el impulso invariable del mal es Mammón, el amor del oro. Detrás del tráfico de la bebida, de la acumulación vergonzosa, como enjambre, de los pobres en nuestras ciudades, del aliento de impureza que echa a perder la vida cuando pasamos por estos puntos, se halla Mammón, el amor al oro; y detrás de esto, usándolo y manipulándolo, el diablo sentado en su trono.

El peligro que amenaza a la iglesia situada en un punto así, es entrar en alianza con Mammón, y con ello pasar a ser controlada por Satán. Pérgamo era quizá la ciudad más rica de las siete, y allí había el trono de Satán, su base de operaciones, el lugar desde el cual regía las actividades pecaminosas de todo el distrito. Hay territorios así en cada una de nuestras naciones, en las cuales las excelencias de la tierra de Dios crean condiciones especiales para el abuso del hombre. Allí establece el diablo su trono.

Habiendo reconocido este peligro, pasemos ahora al elogio. «Tú retienes mi nombre.» El nombre de Cristo es el símbolo de su naturaleza, y con esta palabra de elogio declara que la iglesia de Pérgamo había sido leal a la Persona de Cristo. No había habido negación de ninguna parte del hecho místico de su personalidad. Has sido leal al hecho central del Cristianismo. Retienes mi nombre como símbolo de mi naturaleza.

Repite: «No has negado mi fe.» Nótese especialmente que no dice no has negado tu fe, sino «mi fe». En la carta a los Hebreos el autor habla de Jesús como «el autor y consumador de la fe», no nuestra fe. Esto es decir, El vive y obra conforme al principio de la fe, y por medio de su victoria, era el autor y dirigente, el perfeccionador, el consumador y reivindicador de la fe como un principio de vida. La fe del hombre se ejercita en la victoria de Él, es una respuesta a la fe de Él. El hecho de que la iglesia de Pérgamo no hubiera negado la fe indica que era leal no sólo a la Persona de Cristo, sino que evidentemente descansaban en su propósito consumado. Esta fe había operado en realización perfecta del propósito de redención divino. Su fe operaba en ellos para la apropiación de la redención por Él. La redención era la de la regeneración santificante cuyo apoteosis será la glorificación. La fuerza que fue suficiente para llevarle a Él a la victoria era la de su fe en Dios y su fe en los hombres, a saber, en la sabiduría y el amor de Dios y en la posibilidad de llevar al hombre bajo la influencia de esta sabiduría y amor. Éste fue el gran principio que le llevó y sostuvo, hasta que su fe, triunfante sobre la muerte, pasó a ser el principio de vida para los hombres perdidos, y su fe se centró sobre la victoria de Él, apropiándose el valor de su fe. Esta fe habría sido negada por falta de fe en Él. Por otra parte, su fe se afirmaba por la confianza en Él que creaba su carácter, y resultaba en su conducta. «Retienes mi fe», es el elogio de Cristo ante la lealtad de los hombres de Pérgamo a su persona; la Persona de Jesucristo, peculiar, separada, la única persona que ha existido en el mundo de su clase. El nombre de Jesús representa su personalidad, humana y divina, esta extraña y misteriosa combinación que ha tenido perplejos a los teólogos de todos los siglos, y respecto a la cual no ha sido posible decir la palabra final, porque la mente finita no puede captar el misterio infinito del Dios encarnado. A este nombre estos hombres habían sido fieles.

«No negaste mi fe», indica su confianza en su misión, su confianza en su obra redentora. Su nombre marca la gloria de su persona. Su fe marca la perfección de su propósito. Era un testimonio maravilloso que daba el Maestro a la ciudad de Pérgamo, donde había el trono de Satanás, el centro de riqueza y poder, el hogar del pensamiento místico y los estudios ocultos. La iglesia había sido leal a la

Persona de Cristo, más misteriosa que los misterios de Pérgamo, leal a la fe de Cristo, llevando a los hombres a las verdaderas fuentes de la vida, que los residentes en aquella rica ciudad profesaban haber descubierto.

Ahora nótese la queja. «Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que tienes ahí a los que retienen la doctrina de Balaam, que enseñaba a Balac a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos y a cometer fornicación.» Esto es una cosa. «Y asimismo tienes a los que retienen la doctrina a los nicolaítas (la que yo aborrezco).» Esto es la segunda cosa. Examinemos las dos cosas porque revelan un gran hecho que el Señor denuncia de esta iglesia de Pérgamo. Es necesario notar cuidadosamente lo que se dice aquí. Hay que distinguir entre la iglesia y ciertas personas que hay en la iglesia. Ha dicho algo contra la iglesia, pero insiste en mostrar que no es toda la iglesia la que retiene la doctrina, sino sólo algunos. La iglesia era leal a la misión de Cristo, y no negaba la fe, pero toleraba estos falsos puntos de vista. La iglesia carecía de disciplina. Lo que maleaba a la iglesia era la falsa caridad. Para ver el énfasis sobre este punto nótense las palabras finales del Señor: «Arrepiéntete, pues, si no, vengo a ti en seguida, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca.» No acusa a toda la iglesia pero deja bien claro que no va a tolerar a estas personas dentro de sus límites.

¿En qué consiste la doctrina que toleran y contra la cual el Señor protesta? «Algunos que retienen la enseñanza de Balaam, a Balac, a poner tropiezo ante los hijos de Israel, a comer de cosas sacrificadas a los ídolos y cometer fornicación. Se trata pues de dos cosas: comer cosas sacrificadas a los ídolos y cometer fornicación.

Ahora bien, hemos de entender que el Señor quería decir que la enseñanza de Balaam era que los hombres han de comer cosas sacrificadas a los ídolos y cometer fornicación. No creo que lo enseñara, pero estas son las cosas que lógicamente se siguen de la enseñanza de Balaam, y estos son, exactamente, los peligros que amenazaban a la iglesia de Pérgamo.

Quizá podríamos parafrasear estas palabras para aclarar mejor su significado. Es como si Cristo hubiera dicho: Esto que tengo contra ti es que hay personas que para poder comer las cosas sacrificadas a los ídolos y poder permitirse el pecado de fornicación, están sosteniendo una doctrina que excusa estos males. Lo malo es comer lo sacrificado a los ídolos y la fornicación, pero detrás de esta conducta pecaminosa hay el credo falso, y estos hombres sostienen la doctrina de Balaam a fin de hallar justificación para lo que hacen.

Si ésta es la interpretación, sólo nos queda preguntar: ¿En qué consiste la enseñanza de Balaam, qué hacía posible esta mala conducta? La historia de Balaam se halla en el libro de Números, capítulos 22-24, y al fin del veinticuatro parece que la historia ya ha terminado, pero no es así. Voy a resumir en pocas palabras toda la historia.

Balac, el rey de Moab, un hombre bajo de influencia de los encantamientos y brujerías, envió a buscar a Balaam. Quería que Balaam maldijera a la nación que había salido de Egipto, confiado que una maldición pronunciada contra ellos causaría el quebranto de Israel. No sabemos quién era Balaam. Balac lo envió a buscar ofreciéndolo «plata y oro», según deja evidente el versículo 22:18.

Ahora bien, ¿qué sucedió? Dios apareció a Balaam y le advirtió que no fuera. Balac envió a sus príncipes con la oferta de «plata y oro» y Balaam, finalmente, se puso en camino, con permiso para ir, por parte de Jehová, pero con instrucciones de no hacer sino lo que Él le mandara (18:20). Entonces ocurrió el extraordinario incidente en que el asna habló, quejándose a Balaam por haberla azotado. Balaam aterrorizado por la conversación que tuvo con el ángel quiso regresar, pero recibió órdenes de seguir adelante. Llegó a donde estaba Balac y ofrecido siete sacrificios en lo alto de una montaña, y abrió su boca para maldecir, pero en vez de ello pronunció palabras de bendición. Balac le llevó a otra montaña, pero con el mismo resultado. Esperaba que en un tercer lugar pronunciaría la esperada maldición, y se repitieron los sacrificios y Balaam habló. No hay sin embargo profecías más hermosas en las Escrituras que las que salieron de sus labios.

La ira de Balac se enardeció y le dijo que lo había llamado para maldecir, pero que, al contrario, Balaam había bendecido a Israel tres veces. Entonces Balaam se fue a su lugar. Y así termina el capítulo 24.

¿Cuál, pues, es la doctrina de Balaam? Esta doctrina no aparece en la parte de la historia contenida en estos capítulos. Para descubrirla hemos de ir al capítulo 24 y leer estas sorprendentes palabras: «Y moraba Israel en Sitim; y el pueblo empezó a fornicar con las hijas de Moab», esto es, con las hijas de este rey Balac, y su pueblo. Nótese especialmente, «las cuales invitaban al pueblo a los sacrificios de sus dioses; y el pueblo comió, y se inclinó a sus dioses. Así acudió el pueblo a Baal-peor; y el furor de Jehová se encendió contra Israel». Ahora bien, esta es la cosa más extraña imaginable. Balaam, en vez de maldecir al pueblo los había bendecido, y lo que leemos a continuación es que el mismo pueblo que Moab quería destruir es atraído a las fiestas y vicios de Moab, y a toda la corrupción que siguió de esta relación.

¿Cómo había llegado a ocurrir esto? La respuesta la encontramos pasando más adelante al capítulo 31 del libro de Números, en el versículo 16, en las palabras: «He aquí por consejo de Balaam ellas fueron causa de que los hijos de Israel prevaricasen contra Jehová en lo tocante a Baal-peor», hallamos la clave del misterio. Es evidente que cuando Balaam falló en su intento de maldecir, se fue a su lugar con el intento de corromper a Israel. Lo consiguió por medio de alianzas sociales con Moab, diciendo que según la profecía que había pronunciado, Moab no podría causarles daño.

La doctrina de Balaam expresada de modo amplio era, indudablemente, que siendo el pueblo del pacto, podían con seguridad permitirse contacto social con sus vecinos pues ningún daño podía resultar de ello. Tanto Pedro como Judas se refieren a Balaam, y ambos nos dicen que el motivo de su enseñanza fue el dinero, pero ninguno nos dice en qué consistía la enseñanza. No puede haber duda que en efecto, su declaración a los hijos de Israel era que su pacto con Dios era tan seguro que no tenían por qué preocuparse de su conducta.

Su enseñanza resultó, como dice Jesús, en comer lo sacrificado a los ídolos y cometer fornicación. Era una herejía peligrosa y digna de condenación que decía que el pecado no puede anular un pacto.

Luego el segundo hecho de la queja: «Y asimismo tienes a los que retienen la doctrina de los nicolaítas, la que yo aborrezco.» No puedo decir que sepa cuál era esta doctrina, pero sé el resultado, y me temo que el «asimismo» se refiera a la semejanza entre la enseñanza de la doctrina de los nicolaítas y la de Balaam, y no al hecho que aquellos hombres aceptaban las dos doctrinas. Técnicamente hay una diferencia, si bien el resultado es el mismo.



¿Cuál era, pues, el peligro en la iglesia de Pérgamo? Había personas asociadas con la iglesia que sostenían una doctrina que les daba licencia para permitirse pecados que eran graves y amenazadores en toda la vida de Pérgamo. Había el esplendor del culto del gran templo, con sus fiestas seductoras, y sus diversiones impuras. Esta cuestión de las cosas sacrificadas a los ídolos y de la fornicación ya había aparecido antes, y había sido remitida al concilio especial de la iglesia en Jerusalén. La historia de este concilio se halla en Hechos, capítulo 15. La decisión fue que aunque no deseaban insistir en el rito de la circuncisión, encargaban a los cristianos que residían en estas ciudades asiáticas que no comieran cosas sacrificadas a los ídolos, ni cometieran fornicación. En la primera carta a los Corintios, empezando en el capítulo 6, el apóstol trata de este mismo tema de la fornicación y de las cosas sacrificadas a los ídolos, y de modo claro las prohibe con su autoridad apostólica, no meramente para la iglesia de Corinto, sino para todas las iglesias del distrito. «Y así ordenó a todas las iglesias.» Así que la iglesia tenía la doctrina clara del apóstol de que era malo comer cosas sacrificadas a los ídolos, y con todo estaba tolerando a algunas personas que hallaban manera de excusar estos pecados populares en la ciudad. Retenían el nombre, no negaban la fe, pero ponían un énfasis falso en el valor del nombre, y aplicaban mal la fuerza de la fe, pretendiendo que estas cosas eran de tanta importancia y valor que cubrían y anulaban la importancia de algunas formas de conducta popular. Así que había herejía en la iglesia de Pérgamo, la herejía que luego se llamó antinomiana, la herejía que dice: Hay tanta seguridad si se guarda el nombre y la fe que la conducta no cuenta mucho. Podéis mezclaros con los pecadores de Pérgamo, seguir sus costumbres y con todo beneficiaros del pacto.

Ésta es la enseñanza de Balaam, y volvió a reproducirse en la iglesia de Pérgamo.

El Señor denuncia la doctrina con terrible severidad. La iglesia de Pérgamo en su capacidad corporativa no había incurrido en estos pecados, ni aprobaba la doctrina de Balaam. Su falta era la poca disciplina, y el tolerar dentro de su seno a los que defendían la doctrina. Aunque no defendían la doctrina, retenían en la comunión a los que lo hacían. Dijo Cristo: Estáis tolerando a personas que sostienen la doctrina, de lo que sólo puede resultar la corrupción moral.

Volvamos ahora al consejo. «Arrepiéntete.» Esta palabra va dirigida no al pueblo que sostiene la doctrina sino a la iglesia y al ángel. ¿En qué sentido se han de arrepentir? La única forma de arrepentirse es excluir de la iglesia a los que la sostienen. La doctrina no puede ser tolerada. El aviso es solemne. «Pelearé contra ellos con la espada de mi boca.» A menos que se ejercite disciplina en la iglesia y se excluyan a estas personas, vendré y pelearé con ellos.

¿Qué inferencia de amor podemos ver detrás de esta amenaza? Es como si el Señor dijera: «Disciplina a estas personas, porque el juicio será rápido y severo si no son excluidas.» Por amor a los mismos hombres que sostienen la perniciosa doctrina, deben ser excluidos. Hay hombres dentro de nuestras iglesias a los cuales hacemos un daño incalculable permitiéndoles permanecer en ellas. Al hacerlo se imaginan que se hallan en un lugar seguro, cuando se encuentran en un lugar de muerte. A veces nos inclinamos a tratar esta advertencia como si no fuera alarmante, pero quiero decir que es una de las más solemnes de estos mensajes. Es un aviso de que el Señor Jesús vendrá, y con el ejercicio de su recto juicio, va a quitar lo que la iglesia no quiere quitar. La suprema ilustración de ello se halla en la carta a la iglesia de Corinto, en que había habido conducta desordenada, y Pablo escribe palabras que deben haber hecho temblar a aquellos hombres, sobre lo que había de hacer con los que habían obrado mal. En esta misma epístola se puede hallar que el apóstol hace resaltar este solemne hecho, que Jesucristo, en sus juicios con una iglesia, ha tenido que eliminar con la muerte a los malhechores, para la purificación de la iglesia, y para hacer posible su testimonio de luz en medio de las tinieblas de la época. Si por tanto yo entiendo este mensaje a la iglesia de Pérgamo es como si Cristo dijera: A menos que os arrepintáis y disciplinéis a estos hombres voy a pelear contra ellos con la espada de mi boca; y esto no se refiere a argumentos y polémicas, sino a un juicio severo y seguro contra los que obran mal, a fin de que la iglesia quede libre y sea pura.



Luego, el Señor, en cuyo corazón hay ternura incluso para los que obran mal, pronuncia la promesa: «Al que venza le daré a comer del maná escondido. Esta es la primera mitad de la promesa, sostén divino. ¿Y por qué habla Jesús de maná? Porque el maná era provisto por Dios, aunque había de ser recogido por los hombres. El maná escondido, la Palabra de Dios, sobre la cual el hombre vive, en oposición a la doctrina de Balaam, cuya aceptación por el hombre es muerte. El pan verdadero, el pan de vida. La aplicabilidad de esta promesa a estas personas se ve cuando se recuerda que el mismo corazón de la falsa religión de Pérgamo consistía en un intento de alimentarse de los misterios sagrados de la fe. A aquellos que vencen estas tentaciones sutiles, el Maestro promete que los alimentará del maná escondido.

Y luego la otra parte de esta dulce promesa. «Al que venza... le daré una piedrecita blanca, e inscrito en la piedrecita un nombre nuevo, el cual ninguno conoce sino el que lo recibe.» Lo sugerido por la piedrecita blanca no queda claro de modo perfecto. Hay varias interpretaciones. Personalmente me inclino a pensar que todas tienen algún valor. Vamos a seleccionar cuatro opiniones.

La piedra blanca era dada a un hombre después del juicio en que era declarado inocente, y por tanto libre de condenación. La piedra blanca era dada a aquel que regresaba de la batalla y habiendo ganado victorias llevaba consigo sus triunfos. Era el premio de la victoria. La piedra blanca era algunas veces dada a un hombre como prueba de que había sido hecho ciudadano libre de una ciudad. Indicaba ciudadanía libre.

Y con todo hay todavía otro significado, quizá el más hermoso de todos, dulce y tierno. Había una piedra blanca conocida como «tessara hospitalis». Dos hombres, amigos a punto de partir, dividían una piedra blanca entre los dos,

y llevaban cada uno la mitad, en la cual se inscribía el nombre del amigo. Había la posibilidad de que no se volvieran a reunir más, pero esta piedra, en un caso así, era pasada al hijo, y a veces generaciones después un hombre encontraba a otro que tenía la mitad complementaria de su piedra, y la amistad entre los dos quedaba cerrada como resultado de la amistad de sus antecesores en el pasado.

Todas estas cosas, me parece, son sugeridas por esta piedrecita blanca. Primero, la piedra blanca de la justificación. La piedra blanca de la victoria, el triunfo sobre los enemigos. La piedra blanca de la ciudadanía, que nos hace libres en la ciudad de Dios. Y finalmente, la piedra blanca de la amistad perpetua, mi nombre escrito en su mitad, y su nombre escrito en la mitad que yo conservo.

La lección central de este estudio es muy solemne. La Iglesia de Jesucristo no puede tolerar dentro de sus límites a los que rebajan los estándares requeridos por la verdad. No es cuestión de sostener la verdad. La iglesia de Pérgamo era ortodoxa. De lo que se trata es de la recta aplicación de la verdad. El error de estos hombres es sutil y amenaza a todas las iglesias, incluso en el día de hoy. Es que si el credo que sostiene un hombre es recto, su conducta no importa. Pero la verdad no es nunca excusa del pecado. Todas las formas de pecado han de ser tratadas con rigor y severidad sin compasión, y si un hombre defiende alguna forma de enseñanza e intenta excusar con ella su pecado, ha de ser excluido de la comunión de los santos. La pureza de la doctrina tiene sus peligros. Un hombre puede ser leal al nombre y a la fe, pero antes que se de cuenta de ello, su celo por las cosas que defiende le ciegue a la presencia de enseñanza que va a socavar el valor de ellas. La prueba de la doctrina es la pureza del carácter y de conducta. El sello del Maestro tiene dos lados, y en cada uno de ellos hay una inscripción grabada: «El Señor conoce a los suyos.» En el otro lado se hallan las palabras: «El que es del nombre del Señor se aparte de toda iniquidad.» Todo intento de borrar esta segunda parte del sello es blasfemia, un error que ha de ser exterminado con la exclusión de la comunión de la Iglesia. La orden que nos da el Señor es paz, pero es siempre paz basada en la pureza, porque la sabiduría de arriba, es pura y luego apacible.



# EL MENSAJE A TIÁTIRA

«Y escribe el ángel de la iglesia en Tiátira: El Hijo de Dios, el que tiene los ojos como llama de fuego, y sus pies son semejantes al bronce bruñido, dice esto: Yo sé tus obras, y tu amor, fe, servicio y paciencia, y que tus obras recientes son más numerosas que las primeras. Pero tengo unas pocas cosas contra ti: que toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa, enseñe y seduzca a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos. Y le di tiempo para que se arrepintiese, pero no quiere arrepentirse de su fornicación. He aquí, la arrojó a la cama, y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella. Y mataré con peste a sus hijos, y todas las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la conciencia y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras. Pero os digo a vosotros y a los demás que están en Tiátira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido las profundidades de Satanás (como ellos dicen): No os impongo otra carga; No obstante, lo que tenéis, retenedlo, hasta que yo venga. Y al que vence y al que guarda mis obras hasta el fin, le daré autoridad sobre las naciones, y las quebrantará con vara de hierro, como son desmenuzados los vasos del alfarero, así como yo también he recibido autoridad de manos de mi Padre; y le daré la estrella de la mañana. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.» (Ap. 2:18-29.)



**O**

# EL MENSAJE A TIÁTIRA

Tiátira era una ciudad pequeña del Asia Menor. Aunque no tenemos ningún relato de cuando fue fundada allí la Iglesia cristiana, puede haber sido como resultado de la influencia de Lidia. Recordemos que esta vendedora de púrpura era de la ciudad de Tiátira, y estaba presente en una reunión celebrada a las orillas del río. Allí se abrió su corazón para recibir la verdad, y la obedeció, y ella y toda su casa fueron bautizados y recibidos en la comunión de la Iglesia. Pertenecían a Tiátira, aunque en aquel tiempo vivían cerca de Filipo. Esto es una conjetura. No se nos revela nada de modo definido, y por tanto el conocimiento que tenemos es lo que dice el mensaje.

Al dirigirse al ángel, el Señor se anuncia como «el Hijo de Dios, el que tiene los ojos como llama de fuego y sus pies son semejantes al bronce bruñido». «El Hijo de Dios.» Ésta es la primera vez que se usa esta descripción de sí mismo en estos mensajes y marca una afirmación de poder y autoridad. Es el Infalible, Aquel a cuya palabra la Iglesia debe prestar atención. Cuando Juan se vuelve para ver la visión, «contemplo a uno semejante al Hijo del hombre», pero con todo, la gloria de la visión hablaba del hecho que era el Hijo de Dios. Y ahora en este mensaje central de los

siete, hace uso del título de autoridad suprema. De la visión completa selecciona dos hechos referentes a Él mismo que indican el significado especial y el valor del mensaje que está a punto de dar: «Sus ojos son como llama de fuego y sus pies como bronce bruñido», los ojos de fuego sugieren su conocimiento íntimo, su visión penetrante respecto a la iglesia, de modo que en la frase que va a pronunciar, no puede haber error, porque conoce las condiciones con conocimiento perfecto. Los ojos de fuego penetran las profundidades de la oscuridad, y conocen los secretos más escondidos. Él es también el que «tiene los pies como de bronce bruñido», y con estas dos afirmaciones prácticamente anuncia el hecho que viene en juicio que es fuerte y puro. Lo ve todo con precisión. Avanza hacia el juicio, el Rey entre los siete candelabros, y la huella de su venida es una huella de fuego. Recto, puro y decisivo en todos sus juicios. Dentro de la iglesia de Tiátira hay un mal para el cual no bastan medidas que lo remedien. No admite corrección. No cabe sino la destrucción. No queda lugar para nada sino el juicio. Ha penetrado en la congregación, y por tanto Él viene para resolver este mal.

Su elogio comienza con las palabras usuales: «Sé tus obras», luego sigue un análisis: «y tu amor, fe, servicio y paciencia, que por tus obras recientes son más numerosas que las primeras». Tres cosas se indican en este elogio. Primero, las obras; segundo, las fuerzas que hay tras las obras: «tu amor y fe y servicio y paciencia»; y finalmente el que estas obras no han decrecido sino aumentado. Aprueba, pues, la actividad de la iglesia, los principios sobre los cuales se basa, y el hecho que en el orden correcto, aumenten. Su primera aprobación es la de la obra de la iglesia, las cosas que se ven. La segunda los hechos escondidos que se hallan detrás de las manifestaciones externas. Tercero, aprueba lo que siempre resulta de esta condición, que las obras postreras son más que las primeras.

«Sé tus obras.» No las nombra o enumera. Declara que las conoce. También declara que detrás de ellas hay fidelidad, ministerio y paciencia, y que aumentan.

Nótese principalmente los principios que reconoce detrás de las obras de la iglesia. «Sé... tu amor.» Esta afirmación es sobre el carácter de la iglesia. Es el hecho que yace



en la raíz, y de lo cual procede todo lo demás. Por debajo de las obras había un principio hacia Dios y el hombre que el Maestro había declarado que es la suma y sustancia de la ley de Dios. Era el carácter de la iglesia. No había divisiones, cismas, sino una maravillosa manifestación de amor.

«Sé... tu fe.» Nuevamente la fuerza de la palabra es la fidelidad. La fe se menciona aquí no como principio del cual crece la actitud, sino más bien como la actitud de fidelidad que sale del principio de la confianza. Conozco tu fidelidad, sé que en ti se manifiesta lo opuesto a la veleidad. Con demasiada frecuencia las obras de amor son ocasionales y espasmódicas, pero aquí se caracterizan por la constancia. En este caso el amor no era un accidente, sino un hábito.

«Sé... tu servicio», y éste es un toque hermoso y tierno. Era consciente del amor en acción, de los hechos debidos al amor a Dios y al hombre. Hay una diferencia entre este servicio y las obras generales ya referidas. Hay las actividades peculiares y especiales de la Iglesia de Jesucristo en su capacidad de iglesia. El ministerio a que se refiere aquí es más bien una bondad y ternura no oficial de los miembros entre sí, y con toda probabilidad hacia los extraños también. Es posible tener una iglesia caracterizada por obras y, con todo, tristemente vacía de este ministerio particular. Ha habido personas constantemente celosas con respecto a la obra oficial, pero a las que les faltan los toques delicados necesarios para cumplir este alto servicio. Así muchos hombres están dispuestos a dar un banquete, pero se retraen de dar un vaso de agua. Pero a esta iglesia el Maestro dice: «Sé... tu ministerio, así como tus obras», todo el derramamiento de la vida en servicios anónimos.

«Sé... tu paciencia.» Ésta es una gran palabra sobre la cual el Señor pone mucho valor. Habla de ella a la iglesia de Éfeso, y de nuevo a la iglesia de Tiátira. No podemos decir que esta paciencia sea el espíritu de paz bajo presión. Sin duda las palabras de Milton pueden tomarse como una exposición perfecta de la verdadera paciencia.

*«No discuto la mano o voluntad del cielo,*
*ni disminuyo un tilde el ardor o la esperanza,*
*sino todo lo aguanto y prosigo adelante.»*

La paciencia es la capacidad de estar tranquilo cuando todo alrededor es sacudido por la tempestad. La paciencia es la flor de la fidelidad. Si la fidelidad es la actividad de la fe, la paciencia es la condición de carácter que resulta de ella. Es esta paz del corazón bajo presión en la vida, que es algo tan hermoso y fragante, y que parece dar al corazón de Dios satisfacción y gozo.

Y con todo. «Sé... que tus obras recientes son más numerosas que las primeras.» Ha habido progreso y desarrollo como resultado de este intermedio grupo de hechos, la actividad exterior y evidente de la iglesia que se ha extendido y ha profundizado. Éste fue el elogio del Maestro, y es muy hermoso. Cuan tiernamente reconoce todos los buenos hechos que hay en la vida de la iglesia. Cuan excelente sería, si por alguna razón se nos llamara a criticar alguna asamblea de santos, si pudiéramos seguir la pauta del Señor y pronunciar primero nuestro elogio. Esto lo hizo Él siempre a menos que no hubiera ninguna alabanza a pronunciar. En sus mensajes siempre descubrimos que reconoce las cosas buenas.

Pero ahora pensamos a palabras solemnes en este mensaje, el más misterioso de todos, palabras de queja. «Pero tengo contra ti que toleras a esta mujer Jezabel, que se dice profetisa.» Ésto es todo, nada más. No hay ninguna otra queja contra esta iglesia. Todo el párrafo que sigue hasta el fin del versículo 23 consiste en la afirmación de los hechos del caso, lo cual demuestra el derecho del Señor a quejarse de esta iglesia por tolerar a esta mujer. No hay la menor duda de que el pecado de esta iglesia consistía en el hecho que no protestó contra la mujer Jezabel; que permitía a una extraña el promulgar bajo su abrigo la doctrina más terrible, con los resultados más desastrosos. Es posible que fuera un miembro de la congregación, y que aún estuviera enrolada en la lista terrenal de la comunión, pero no tenían ninguna relación viva con la iglesia, porque no pertenecía a Cristo. La iglesia incurría en una terrible responsabilidad al tolerarla. No es la enseñanza ni los resultados de la enseñanza aquello de que acusa el Señor a la iglesia, sino el hecho de que es responsable por lo que tolera. Lo erróneo de esta falsa tolerancia se puede colegir de un examen de la mujer, la obra y su juicio.



Al intentar considerar a la mujer Jezabel, al punto nos encontramos ante muchas preguntas y dudas de interpretación. ¿Se trata de un lenguaje figurativo? ¿Representa Jezabel una idea, o era realmente una mujer, que ejercía una mala influencia por medio de su perniciosa doctrina en Tiátira? Estas cosas no las podemos contestar de modo final o satisfactorio. Lo más probable es que fuera una mujer de veras. No sabemos si su verdadero nombre era Jezabel. Es probable que cuando el Señor la nombró, tomó prestado un nombre del Antiguo Testamento que nos da idea de su carácter, y de la influencia que ejercía.

Dejando lo dudoso veamos las palabras mismas de Cristo. «Toleras que esa mujer Jezabel, que se dice profetisa.» ¿Qué es una profetisa, y por qué se expresa de esta forma: «que se dice profetisa»? No puede haber duda que esta mujer pretendía ser inspirada y que había recibido una nueva revelación. Y ella estaba propagando esta nueva doctrina, que no había sido entregada a los apóstoles.

El resultado es afirmado cuidadosamente por el Señor en las palabras «enseña y seduce». El resultado de su enseñanza era la seducción de los siervos de Dios, y la enseñanza era poderosa porque la mujer decía ser un mensajero inspirado. El nombre que el Señor usa al referirse a ella, sugiere una analogía con el propósito del Antiguo Testamento. Pensemos por un momento en la Jezabel de antaño.

Era hija de un rey de Tiro y Sidón, conocido como adorador y maestro de Baal. Su culto a Baal era culto a la naturaleza, que también aquí se había degradado en extremo. Al entrar en relación con el rey de Israel, por matrimonio, sabemos que no sólo era consorte, sino que se había asociado con el rey en el gobierno, con el resultado que ella dijo en efecto: «Establezcamos también el culto a Baal. No pido que se anule el culto a Jehová, sino que al lado del otro haya oportunidades para adorar a la naturaleza.» Su método era el de unir dos cultos. El propósito en su corazón era el de poner a un lado del culto de Jehová en favor del de Baal. De todas las mujeres del Antiguo Testamento no hay ninguna más ambiciosa, más atrevida, y menos escrupulosa que Jezabel.

El nombre de esta mujer en la iglesia de Tiátira nos hace regresar a esta mujer, de la cual el Señor declara que

«enseña y seduce a mis siervos a fornicar y a comer cosas sacrificadas a los ídolos». ¿Qué era lo que enseñaba? De momento no se nos dice nada específico, pero cuando el Señor pronuncia su juicio nos da una clave respecto al carácter de su enseñanza. «Pero os digo a vosotros y a los demás que están en Tiátira, a cuantos no tienen esa doctrina, y no han conocido las profundidades de Satanás, como ellos dicen.» ¿Qué significa este «como ellos dicen»? Evidentemente el Señor se refiere a la pretensión dentro de la enseñanza de Jezabel de que ella había descubierto alguna filosofía de la vida profunda y escondida. Cristo lo llama «las profundidades de Satanás». Esta nueva revelación por inspiración, cuyo fin era mostrar que en los sistemas paganos había filosofías de la vida profundas, y el resultado de las cuales era seducir a los siervos de Dios a la complicidad con las corrupciones externas del paganismo, Cristo la caracteriza como las «cosas profundas de Satán». Era evidentemente un intento de injertar en el Cristianismo según se revela en la Iglesia, los misterios de tinieblas de que estaba rodeado el Cristianismo en aquel distrito. Tal como había el principio básico del antinomianismo en la iglesia de Pérgamo, aquí había el principio básico de la herejía del gnosticismo en la mujer Jezabel. Aquí había un intento de profundizar en los misterios subyacentes y no revelados de la vida, y hacer aplicación de ellos bajo el nombre y sanción de la iglesia, y el resultado de todo el negocio era la corrupción.

Verdaderamente no hay nada nuevo bajo el sol. La última de todas las herejías que se nombra por la conjunción de las palabras, Cristiana y Ciencia, de cuyos hechos permanece en profunda ignorancia, es la galvanización de una momia, bajo la inspiración de otra mujer, que se llama profetisa. Esta última manifestación de última hora, tratada filosóficamente, podría considerarse como una distracción pasajera, pero los terribles efectos que produce entre los siervos de Dios, hace que tengamos que llamar la atención de la Iglesia a que preste otra vez atención al mensaje del Señor a Tiátira, y la evaluación que hace de una iglesia que sufre una enseñanza tan horrible.

¿Cuál es, pues, según el Señor la evaluación del resultado de las enseñanzas de esta mujer? Era el rebajamiento



del estándar de separación entre la iglesia y el mundo. Usamos la palabra conteniendo el aliento, porque es una palabra terrible. «Enseña y seduce a mis siervos a fornicar.» En la profecía de Oseas hay una sorprendente revelación de la naturaleza de la fornicación espiritual. Es la evaluación que hace Dios del pecado de aquellos que se han desposado con Él, cuando regresan a las cosas que habían abandonado. La gente que deberían estar satisfechos con Cristo, plenamente poseídos por Él, guiados por Él, enseñados por Él, están fornicando cuando vuelven a las cosas que son contra Él. La influencia de la enseñanza de Jezabel era que los hijos de Dios separados, redimidos de este mundo malo presente, llamados a la separación del mundo, estaban formando nuevas alianzas y el espíritu de mundanalidad se estaba esparciendo a causa de la tolerancia de la enseñanza de Jezabel. Los miembros de la iglesia de Tiátira, hallaban el camino a las fiestas del templo pagano, comían cosas sacrificadas a los ídolos y descendían a los vicios consiguientes. La enseñanza que hacía posible estas cosas para ellos no era la enseñanza de Balaam, que decía que el pacto eran tan seguro y firme que no había pecado que lo pudiera romper. Esto otro negaba la pecaminosidad del pecado, afirmando que dentro de las cosas que parecían ser malas, las había buenas. Era una negación práctica del mal, en que se defendía la unión entre las cosas profundas, o misterios del mundo exterior y los misterios que hay en las revelaciones de la Iglesia Cristiana. Y así los siervos de Dios habían sido seducidos por la enseñanza. Primero, la falsa enseñanza respecto a las cosas «profundas de Satán», y luego la seducción consiguiente. Esta gente se entregaban a las cosas que eran contra Él, y cometían fornicación en el reino espiritual al usar la libertad, concedida por Él, para violar su voluntad. Esta acusación contra la iglesia era que, a pesar de estos hechos terribles, la iglesia permanecía en silencio y lo toleraba.

Notemos ahora las palabras del juicio. Son introducidas con una declaración de su paciencia: «Y le di tiempo para que se arrepintiera.» Luego sigue una afirmación que revela que el que habla, es el Hijo de Dios, aquel cuyos ojos son llama de fuego. «No quiere arrepentirse de su fornicación.» Nadie más podría haberlo dicho. El que conoce las

cosas profundas de Satán, declara que la voluntad se ha endurecido y está dispuesta contra el arrepentimiento, y sólo entonces pronuncia juicio.

Hay primero una visitación personal. «He aquí la arrojó a la cama.» El simbolismo es gráfico y terrible. Sugiere que la mujer que ha enseñado y seducido a sus siervos, hallará su destrucción en medio de la misma corrupción que ha creado. Luego sigue el hecho que los otros van a compartir su sentencia. «Y en gran tribulación a los que con ella adulteran, si no se arrepienten de las obras de ella.» La única manera de escapar de la tribulación que Jesucristo pronuncia sobre los que han sido seducidos, es que se arrepientan de las obras de ella, y se vuelvan del modo de las cosas que resultan de su enseñanza.

Y luego, la palabra final a este respecto: «Y mataré con peste a sus hijos; y todas las iglesias sabrán que soy el que escudriña la conciencia y el corazón.»

Esta descripción de la mujer, su pecado, y el juicio se halla en un párrafo en medio del mensaje, recordándonos la razón del Maestro para la desaprobación. El error de la iglesia era el haber permitido a esta mujer. Algunos de los hijos de Dios habían sido seducidos, pero no se había hecho protesta alguna. Era una caridad falsa el permitir la enseñanza de la mujer en alguna parte y de alguna forma bajo la protección de la misma iglesia. No toda la iglesia se había contaminado de la doctrina. De ella se dicen algunas de las cosas más suaves y excelentes. Pero, con una idea de falsa caridad, habían tolerado a aquella mujer. La iglesia no había sido limpiada suficientemente anunciando el hecho que no tenía nada que ver con la herejía enseñada, que entre la verdad inspirada de que la iglesia era columna y la enseñanza histérica de esta pretendida profetisa no había complicidad y no podía haber unión.

Vayamos ahora a las palabras de consejo del Señor, llenas de ánimo y promesa de gracia. «Pero os digo a vosotros, los demás que están en Tiátira.» Así que a los que no consentían o toleraban la enseñanza, les dijo: «No os impongo otra carga; no obstante, lo que tenéis, retenedlo hasta que venga.» ¿Quería decir que tenían que llevar firmemente la carga hasta que Él viniera? Sin la menor duda. ¿Y en qué consistía la carga? En la verdad, tal como les



había sido declarada; y al decir: «No os impongo otra carga», quería decir, no os extraviéis con los nuevos misterios, o nuevas perplejidades o nuevas revelaciones. He puesto sobre vosotros la carga de verdad que es suficiente para el momento presente. Toda nueva revelación que los hombres hagan en mi nombre, no la recibáis. Toda nueva filosofía de vida que falle en armonizar con lo declarado, rechazadla. «No obstante, lo que tenéis —lo que os ha sido revelado, mi ley de vida— esto retenedlo.» No consistáis que nadie os enseñe algo que «yo había olvidado deciros». «No pongo sobre vosotros ninguna otra carga.»

Nótese esto con cuidado. Parece que hay casi un juego de palabras en lo que dice Jesús; hay sin duda familiaridad con el significado de la raíz de la palabra. Dice: Los que no habéis recibido esta enseñanza, los que «no conocéis las cosas profundas de Satán» —esta palabra, «cosas profundas», es la palabra *bazos,* que quiere decir las profundidades de Satán. Y luego dice: «No echo sobre vosotros ninguna otra carga.» La palabra carga es *boros,* que significa impresión hecha. Ambos, *bazos* y *baros,* proceden de la raíz original *basis.* Es evidente que está hablando con un conocimiento íntimo de la historia de las palabras y se permite jugar con ellas. Es como si dijera: Esta gente profesa haber descubierto nuevas «cosas profundas», que quieren imponer sobe vosotros, «yo no echo sobre vosotros ninguna cosa profunda». Aquí hay el gran principio de gobierno de nuestra vida inteligente como pueblo de Cristo. Lo que se dice ser nuevo, por tanto debe ser puesto en duda. El mensaje que Él ha librado es completo, la doctrina ha sido enunciada, los misterios revelados, y quienquiera que pretenda revelar un nuevo misterio, hombre o mujer, es un mensajero de Satanás.

Y con todo «retenedlo hasta que yo venga». Cuan frecuente es esta referencia a su venida, y casi siempre donde se encuentra hay nueva luz y significado en ella. Es como si dijera: Esperad las cosas profundas para cuando yo venga. Cuando venga voy a descifrar los misterios y revelar las profundidades. Os las he comunicado porque no podéis comprenderlo. Hay misterios profundos de vida, grandes y maravillosos, pero no estáis preparados para entenderlos. «No echo sobre vosotros ninguna otra carga.» Lleváis todo

lo que podéis. «No obstante, retened lo que tenéis hasta que venga.» Y entonces conoceremos como somos conocidos, y los misterios, que hoy algunos intentan sondear sólo para caer en la corrupción, resplandecerán a la luz y os guiarán en el camino de la verdad.

La promesa final y la afirmación última siguen: «Al que venza y al que guarde mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones: y las quebrantará con vara de[1] hierro, como son desmenuzados los vasos del alfarero, así como yo también he recibido autoridad de manos de mi Padre.» Nótese el contraste. Los que cometen adulterio con ella entrarán en gran tribulación, si no se arrepienten de las obras de ella. «Al que vence y al que guarda mis obras.» Ésta es la promesa de una autoridad que viene, una autoridad que ha de ser entregada a los santos, cuando se mantengan firmes en las cosas que se les han encomendado hasta que llegue el momento de la consumación de Dios.

«Y le daré la estrella de la mañana.» Con frecuencia andamos en tinieblas. Habrá muchos misterios que nos dejarán perplejos. La carga que tenéis es suficiente para edificar vuestro carácter, para el crecimiento en la vida y el servicio y las obras. Las otras cosas tenéis que esperarlas. Llegará un día en que os daré la estrella de la mañana. Esta expresión sólo ocurre tres veces en la Escritura. En el libro de Job, cuando habla Dios, y hace que su gloria pase delante de la visión asombrada de su siervo, le habla a Job de la edad llena de milagros y prodigios, cuando establecía la naturaleza y le dice: «Cuando las estrellas de la mañana cantan juntas.» Éste era el cántico de los principados y poderes en lugares celestiales cuando estaban obrando en los espacios la nueva creación.

Voy al fin de esta Biblioteca Sagrada y encuentro que Jesús dice: «Yo soy la Estrella brillante de la Mañana.» Él es el Príncipe de la creación, el Primogénito, y si esperamos en Él no seguiremos las filosofías falsas de intentos impertinentes de descubrir las cosas ocultas. Él nos dará la estrella de la mañana. Conoceremos los secretos de la vida, los problemas más profundos, y descubriremos su Soberanía en todo.

Cuantas veces la Iglesia de Cristo ha arriesgado su seguridad al prestar sus oídos indebidamente a alguna voz nue-



va. Tengo temor de los hombres o mujeres que ven una visión, y ahora se sienten llamados a declararla. No me entendáis mal. Creo en visiones. Pero antes de que hablemos de la visión, hemos de estar perfectamente seguros que no se trata de una pesadilla. Lo más probable es que si tienes una visión, no vas a hablar mucho de ella, sino que los demás conocerán que has visto la luz y que ésta asoma en tu faz. La luz perfecta ha brillado sobre los hombres en Cristo. Con el resplandor de esta luz, todos los símbolos y signos del antiguo pacto han pasado, y las visiones y los sueños han cesado en su mayoría. Los órdenes inferiores de los milagros materiales han dado lugar al orden superior del reino de triunfo espiritual. Seamos cuidadosos en no prestar crédito indebido a nuevas voces. Hemos de ser leales a Cristo, y la lealtad a Cristo es lealtad a la Palabra inspirada, y a sus enseñanzas poderosas. El negar a Cristo es negar la expiación, y negar el pecado, y la única voz que niega estas cosas ha aprendido su lenguaje y ha captado el tono en las cosas profundas de Satán.

¿No se oye la voz de Jezabel en nuestras iglesias, en más de una forma, hoy? ¿No resuena por todas partes un grito contra la separación del mundo? ¿No hay una tendencia terrible en la vida de la iglesia a negar que el Maestro nos llama a lugares peculiares y solitarios en nuestra lealtad a Él? Podemos todavía retener nuestra relación con la iglesia, y nuestro nombre de cristianos, y a causa de alguna nueva voz, comer las cosas sacrificadas a los ídolos, sin contaminación, y tener fácil absolución, pero no será por la sangre, sino por la inmundicia de la fornicación. ¿Es hoy realmente popular la llamada a los miembros de la iglesia a un lugar de separación de lo mundano? ¿No hay un mayor afán que nunca de hallar alguna doctrina sometiéndonos a la cual podamos librarnos del pecado en tanto que nos mantenemos en él?

Y con todo, el Nuevo Testamento es perfectamente claro.

«Por lo cual,
salid de en medio de ellos, y
apartaos, dice el Señor,
y no toquéis lo inmundo;
y yo os recibiré,

y seré para vosotros por Padre,
y vosotros me seréis hijos e hijas,
dice el Señor Todopoderoso.»

«... el cual se dio a sí mismo por nuestros pecados para librarnos del presente siglo malo.»

«Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios.»

«... quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.»

«... porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.

Por todo el Nuevo Testamento hay la llamada a la separación, a la peculiaridad, a una línea clara de demarcación entre la Iglesia y el mundo. Temo que la voz de Jezabel es tolerada todavía, y que los hijos de Dios siguen siendo seducidos. Hay cosas que a nuestros padres les habrían hecho temblar y que van siendo hoy introducidas como necesarias para el éxito social y financiero de la Iglesia. En el nombre de Dios y de la humanidad, mantengamos una línea clara y tajante y sepamos en qué lado estamos. Toda doctrina, toda filosofía, que hace fácil pecar, sea excusándolo, minimizando su enormidad, o negando su existencia, es del infierno, y no son sólo culpables los que enseñan esta doctrina y practican el pecado, sino que también lo es la iglesia que no protesta claramente contra ella. La iglesia que tolera a la mujer, Jezabel, es culpable.



# EL MENSAJE A SARDIS

«Escribe el ángel de la iglesia en Sardis: El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo sé tus obras, que tienes nombre de que vives y estás muerto. Sé vigilante, y consolida lo que queda, lo que está a punto de morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Recuerda, pues, como has recibido y oíste; y sigue guardándolo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como un ladrón, y no conoces de ningún modo a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venza será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.» (Ap. 3:1-6.)



# EL MENSAJE A SARDIS

Hay un cambio marcado en el método con que se dirige el Señor a la iglesia de Sardis. Hasta ahora comenzaba con palabras de elogio. Aquí comienza con palabras de condenación. En las otras iglesias el mal no se había convertido en hábito, sino que era la excepción, y por tanto era posible elogiar primero. Aquí es lo contrario, no hay elogios a la iglesia como iglesia.

El Señor se dirige a la iglesia como «el que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas», y con ello hace referencia a aquellos aspectos de su personalidad que caracterizan sus tratos con una iglesia en su condición. «El que tiene los siete espíritus de Dios.» Esta descripción indica su plenitud de sabiduría. La iglesia por falta de vida está llena de obras sin terminar, y el Señor se acerca a ella en la plenitud de su poder y sabiduría. «El que tiene... las siete estrellas.» Este símbolo sugiere al instante la perfección del ministerio que coloca a disposición de las iglesias y también, por tanto, su conocimiento de todo el ministerio que las iglesias han recibido.

Su queja es sobrecogedora y terrible. «Yo sé tus obras, que tienes nombre de que vives y estás muerto.» Con qué cambio de énfasis leemos las palabras: «Yo sé.» El tono era

antes llenos de ternura y de consuelo. Ahora es un clarinazo que infunde terror. «Sé tus obras.» La iglesia de Sardis no está desprovista de obras. En realidad está tan llena de ellas como para recibir el nombre de estar viva. Con toda probabilidad había una organización plena y correcta. Las ordenanzas de la iglesia eran observadas con regularidad. Se reunían cada primer día de la semana para el culto. Contribuían sistemáticamente a las necesidades de la obra. En resumen, es muy probable que, desde el punto de vista externo, cumplían la descripción de la primitiva iglesia en los Hechos de los Apóstoles, en que «se ocupaban asiduamente de la enseñanza de los apóstoles, del partimiento del pan, la comunión y las oraciones». «Tienes nombre de que vives.» Sólo puede haber una significación a esta afirmación de Cristo. No falta nada en la manifestación externa, y con todo Cristo dice: «Y estás muerto.» El que busca primero la vida interior, no encuentra nada para satisfacer su corazón en esta iglesia. Un andamio no tiene valor para Él si el edificio que hay detrás no hace progreso alguno. La blancura de un sepulcro no le atrae, si dentro no hay nada más que huesos secos. Busca siempre lo interior, y sólo busca lo exterior en cuanto continúa la expresión de lo interior. El partimiento del pan no es nada excepto en cuanto hay el alimento espiritual de Él. La reunión para el culto carece de valor a menos que por medio de lo externo el alma pase a la comunión con Él. Los dones no son aceptados cuando no son más que la mera observancia de su deber, y no la expresión de la adoración del corazón. La vida que se expresa en amor estaba ausente, y así la iglesia carecía de cuanto podía ser aceptable a Cristo, y satisfacerle por todo lo que Él había sufrido para ganarles. «Estás muerto.» Puede que haya flores, pero son de cera, imitación de las de verdad. Puede haber el ser humano, los vestidos, incluso hermosos y elegantes, pero el cuerpo es desagradable para Cristo pues en el corazón todavía reina la corrupción.

«Tienes nombre de que vives.» Es decir, en Sardis había todo lo que podía satisfacer a un observador superficial. «Y estás muerto.» No hay nada en Sardis que pueda satisfacer el corazón de Cristo. Esto queda explicado en las palabras de Cristo que siguen: «No he hallado tus obras



perfectas delante de Dios.» Había mucha promesa, pero no resultado. ¿No había oración? Eran oraciones que no llegaban a los cielos. ¿No había cánticos? Muy probablemente los había, pero no resonaban en el templo celestial. ¿No había dones? Los dones eran entregados regularmente, pero no se registraban en las arcas del santuario interior. Todo quedaba fuera del templo interior. Había toda clase de reuniones de comités, con mucha asistencia, pero no se hacía nada, todo quedaba en palabras. Resoluciones, promesas y papeleo, pero nada daba fruto delante de Dios, nada satisfacía al corazón divino, nada se hacía que respondiera al propósito de Dios. Las formas externas, las ceremonias, la organización, pero reinaba la muerte.

La esencia del culto de adoración es que aunque empieza en la iglesia, alcanza el cielo. Si los himnos son simplemente una expresión musical de sentimiento placentero, en ellos no hay adoración. Pero si son alas en las que nuestros espíritus hallan su camino al Lugar Santísimo, entonces el himno es perfecto delante de Dios. Si la oración que pronunciamos es una compilación de frases, dichas para el cumplimiento de un deber, no es oración. Pero si la oración expresando un sentimiento de necesidad, halla su camino por encima de las nieblas y misterios de la vida hacia el trono, es perfecta delante de Dios. Si nuestras ofrendas son concedidas para cumplir un deber, son rechazadas en el cielo. Pero si expresan un sacrificio y afecto, aunque la cantidad sea pequeña según la aritmética de los hombres, son consideradas de gran valor en aquel templo donde los dones son valorados según los dadores.

En la iglesia de Sardis había planes, esquemas, programas, pero no había cumplimiento delante de Dios, no había crecimiento ni se asemejaban más a Cristo los fieles, no había crecimiento de la iglesia por propagación de la vida de Cristo, no había compasión para las almas, no había comunión en los sufrimientos de Cristo. Había muchas cosas cumplidas delante de los hombres; en realidad, la iglesia había llegado a un lugar en que vivía más delante de los hombres que delante de Dios, más celosos con toda probabilidad de su reputación en Sardis que de su reputación en el cielo, más deseosos de ser bien considerados por las iglesias de las cercanías que de ser elogiados por la Cabeza de

la Iglesia. «Tienes nombre» —todo lo que satisface el deseo de reputación— «y estás muerto» —no tienes nada que alegre el corazón de Dios.

Habiendo revelado las faltas de la iglesia en una rápida fase, continúa con palabras de consejo. «Sé vigilante, y consolida lo que queda, lo que está a punto de morir, porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Recuerda, pues, cómo has recibido y oíste; y sigue guardándolo, y arrepiéntete. Pues si no velas, vendré sobre ti como un ladrón, y no conoces de ningún modo a qué hora vendré sobre ti.» Y luego, omitiendo el versículo siguiente: «El que venza será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.» Sus palabras de consejo contienen, primero, consejo a la iglesia; segundo, un incentivo a la obediencia y una advertencia; y finalmente una promesa para el que venza.

«Consolida las cosas que quedan.» Si la iglesia está muerta, ¿qué puede quedar? Las cosas deficientes, las mismas formas y ceremonias que han dado a esta iglesia el nombre de que vive. Cristo no sugiere que estas personas deban poner de lado todo lo externo, sino que deben cumplirlo, hacerlo perfecto. No tienen por qué dejar de reunirse, sino adorar. Tenían que seguir mandando ayuda, y dar ofrendas, pero éstas deben ser expresión de su devoción al Señor y no el precio que se paga por laa buena opinión de los otros. Las formas no son algo malo en sí. Lo que necesitan es estar llenas de poder. Los huesos son necesarios, pero vestidos de carne y vida. La organización no ha de ser desechada, sino que debe actuar en el poder de la fuerza vital.

No puede haber, creo, otra forma de entender la expresión: «lo que queda». No puede hacer referencia a la vida desmayada que necesita avivamiento, pues de modo inequívoco dice «estás muerto». Esta parte del mensaje no es para los pocos de Sardis, pues para ellos tiene una palabra especial. No, es más bien que en su gracia, reconoce el símbolo externo, las cosas no perfectas, las mismas formas y ceremonias que sólo se quedaban en lo terreno y dice: Consolídalas, afírmalas, llénalas. No te satisfagas con lo externo.



Éste es siempre un mensaje de Cristo para el formalista. Cristo no requiere que esto sea abandonado, la forma o el rito. No sugiere que se ponga de lado, porque en sí es útil. Permite música y métodos, pero han de ser expresión de una vida profunda. Él aborrece estas cosas cuando se vuelven los sudarios que envuelven a un muerto. El verdadero ideal del culto es el del hombre que está en comunión con Dios. El tipo o forma en que este culto se expresa es en sí de poca importancia. Cristo no llama a la iglesia de Sardis a que abandonen las formas sino a que las establezcan, consoliden.

Marqúese de modo especial el significado de las palabras que siguen: «lo que está a punto de morir». Éste es un aviso solemne. Indica el hecho que incluso estas formas van a cesar a menos que se haga latir la vida dentro de ellas. Están a punto de morir, como todo lo que es meramente externo perece. Las cosas que permanecen aún, que dan a esta iglesia el nombre de viva, están a punto de perecer, y con ello el corazón y la vida. Del formalismo al racionalismo no hay más que un paso, y si las cosas externas carecen de fuerza interna, van a desmoronarse y corromperse, y llegará un momento en que en Sardis no quedará ni iglesia de nombre.

Nadie puede vivir mucho en lo ritual. ¡Cuántas veces ha dado la Iglesia prueba de esto! Podemos considerar que un roble magnífico que vemos en el bosque es el rey del bosque. Este roble queda tronchado un día en una tempestad. Nos acercamos asombrados y descubrimos la razón. A escondidas, en silencio, había una operación persistente en su interior que iba destruyendo la vida del gigante. Su trono estaba casi hueco. Estaba carcomido. Las fuerzas de la vida se habían debilitado hasta el punto que una ráfaga dio con él en el suelo.

Lo mismo ocurre con la Iglesia. Cuando su fuerza de vida es socavada se transforma en una organización o centro de actividades formales. Está a punto de perecer. A la vista de Cristo ya ha perecido, aunque todavía tenga nombre; y cuando está muerto a su vista poco tardará para que llegue el momento en que ya ni le quede el nombre de estar vivo.

Lo que se dice de la Iglesia es verdad también para el

individuo. Nadie puede dejarse absorber por lo externo hasta el punto de descuidar lo interno y espiritual, sin peligro de perder también las manifestaciones externas. ¡Cuántas veces hemos visto esto precisamente! Los hombres dejan las formas simples y sencillas de culto por la magnificencia externa, esperando que estas cosas van a compensar su falta de poder espiritual, pero no tarda mucho sin que abandonen su relación externa con la Iglesia también. Tiene poca importancia cuál sea la forma externa, siempre que haya vida interior, y que lo externo le provea un medio de hallar expresión.

Las obras no cumplidas delante de Dios pronto van a manifestarse como vacías delante de los hombres. Por tanto, que las cosas que quedan, prontas para morir, sean consolidadas.

Como incentivo para la obediencia, el Señor da esta solemne advertencia. «Si no velas, vendré sobre ti como un ladrón, y no conoces de ningún modo a qué hora vendré a ti.» Cuan diferente suena la promesa de su venida bajo circunstancias diferentes de la vida y del carácter de la Iglesia. Cuando las cosas sagradas pierden poder, las cosas preciosas pierden bendición. Cuando la fe es muerta, la esperanza se seca. En el primer amor de la experiencia cristiana, la idea del advenimiento de Cristo es un pensamiento de esperanza. Cuando se pierde este amor, y reina la muerte, lo que es la estrella más brillante del firmamento para el corazón que confía, pasa a ser el terror de la oscuridad. La promesa que produce la emoción del gozo, se vuelve una idea opresiva para el hombre que ha caído de su armonía con el Señor y Maestro.

En la Escritura, el advenimiento de Jesús es descrito de modo constante bajo dos aspectos. La última profecía pronunciada antes de su primer advenimiento reconoce esta significación doble: «Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama.» ¡Qué anuncio más terrible. Pero escuchemos un poco más, porque el profeta prosigue a continuación: «Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis



como becerros de la manada.» ¡Qué contraste! Por un lado incendio y destrucción. Por otro el sol de la aurora que viene con salvación y luz. ¿Son dos advenimientos distintos? No, la diferencia la crea la condición de la gente para la cual tiene lugar.

Para los obradores de maldad, el día será como un horno ardiente y destructor. Para los que temen su nombre el día será de salvación, una aurora, un amanecer de luz. El sol tiene dos efectos. Quema el suelo y lo seca hasta transformarlo en ceniza. Una planta en un suelo así, sin agua, tiene que morir; pero si un árbol está plantado junto a ríos de agua, sus raíces profundizan y sacan vida del agua, en tanto que el sol es él un mensajero de salud, crecimiento y belleza.

Así también con respecto al segundo advenimiento. La actitud de la iglesia respecto a las doctrinas es siempre una revelación de la condición espiritual de la iglesia; y la actitud del alma individual hacia la idea del retorno del Señor es siempre una revelación de la condición de este alma delante de Dios. Si tengo nombre de que vivo y estoy muerto, entonces el anuncio de su venida es una idea aterradora. Pero si tengo vida, amor y lealtad, la promesa de su venida es como un amanecer después de la noche.

Al referirse al segundo advenimiento el apóstol del amor escribe: «Y ahora hijitos, permaneced en Él, para que cuando se manifieste, tengamos confianza, y en su venida no seamos avergonzados de parte de Él.» Aquí se revelan dos actitudes hacia su venida: Por un lado «confianza», por el otro «ser avergonzados de parte de Él.» La diferencia la crea la condición de aquellos que esperan. Si permanecemos en Él, entonces su venida la veremos con confianza. Si no habitamos en Él, quedaremos avergonzados delante de Él.

Esto es una prueba escrutadora de nuestra condición personal. Si cuando oímos hablar de la venida de Jesús es como música para nuestros oídos, es que estamos haciendo las obras perfectas delante de Dios. Si por otra parte, la mención de la posibilidad de su venida crea en nosotros el deseo de aplazarla es que nuestra relación con Él es más formal que viva. El alma que vive en Cristo, y obra con El entre la inmundicia de una época decadente, nunca oye el

mensaje: «He aquí yo vengo presto» sin contestar: «Ven, Señor Jesús.»

Este anuncio de su venida da fuerza a la expresión: «Recuerda, pues, como has recibido y oíste; y sigue guardándolo, y arrepiéntete.» Si la iglesia oye este aviso y se arrepiente, y vela, y consolida las cosas que permanecen, la promesa de su venida no va a causar terror, sino que será un evangelio de esperanza. Pero si la iglesia habita en el reino del formalismo, teniendo nombre, pero sin vida, entonces la declaración de que Él viene sólo va a producir temor.

Para el que vence, el Señor dice: «El que venza será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles.» El hombre que vence es el que recuerda y se arrepiente. A los tales se promete que serán vestidos en vestiduras blancas, y como reconocimiento, para el día en que se pase lista, «no borraré su nombre del libro de la vida y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles». Las vestiduras blancas son un símbolo, no de la pureza de Cristo, sino de la manifestación de las obras de los santos, obras purificadas por Cristo y reveladas a la luz de la casa del Padre; y los nombre de estos. Cristo los confesará en la presencia de su Padre y de los santos ángeles.

Hay también una palabra tierna de elogio, como en un paréntesis, no para la iglesia en conjunto, sino para un remanente que no ha sido condenado. «Tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignos.» En medio del formalismo de muchos, hay unos pocos que viven vidas en que hacen obras perfectas delante de Dios, y que no manchan sus vestiduras. De éstos el Maestro dice: «Y andarán conmigo en vestiduras blancas porque son dignos.» En la Escritura las vestiduras del santo son siempre una expresión del propio servicio y carácter del santo. En la descripción de una multitud vestida de vestiduras blancas, en el Apocalipsis, se dice que sus ropas son, no la justicia de Dios, sino de los santos. Esto es, la fidelidad de carácter y de servicio llegará un día en que se manifestará externalmente.



¿No se proyecta una hermosa luz sobre esta idea, con el hecho de la transfiguración de Jesús? En el monte santo, su vestido se volvió blanco y resplandeciente, y la gloria que asombrados contemplaron los discípulos era la del resplandor de su propia perfección que hacía que el sencillo vestido que llevaba, brillara con el esplendor de la misma blancura del cielo. Los que en la tierra no ensucian sus vestidos andarán finalmente con el vestido blanco. Manifestarán en forma externa la gloria de su lealtad interior a Cristo.

El pensamiento principal de la iglesia de Sardis había sido el de la popularidad, el de hacerse un nombre. Unos pocos habían preferido la aprobación de Dios, de ellos se dice que se manifestará la gloria de su propia fidelidad. Lo que ahora es visible a los ojos de Cristo lo verán finalmente los otros también.

Hay una terrible posibilidad que amenaza la vida de todas las iglesias, y la iglesia de Sardis es un ejemplo de Ello. Es la posibilidad, sutil e insidiosa, de que casi antes que se dé cuenta de ello, la iglesia se haya deslizado en el peligro. Es el de la ortodoxia muerta y correcta. Puede haber un estado financiero brillante, mucha asistencia a los servicios, numerosas actividades, una exposición correcta de la verdad y con todo es posible que la iglesia esté muerta. Tiene nombre de viva sólo. Es posible que se hable de ella como de una iglesia viva. Las iglesias circundantes pueden halagarla, y ella misma engañarse con respecto a su vitalidad, pero Cristo no halla en ella elemento de valor. Esta consideración debería llevarnos a pensar con la mayor seriedad: ¿Cuáles son los signos verdaderos de la vida en las iglesias de Jesucristo? Si la presencia de vida no puede juzgarse por lo que hemos dicho, ¿cómo podemos saber si la iglesia está viva o muerta?

Las evidencias de vida son por lo menos cuatro: En una iglesia viva hay crecimiento, compasión, unión y emoción.

Hay crecimiento. El principio de vida hace imposible el estancamiento. El crecimiento en el carácter individual de los miembros, y el crecimiento en la membresía de la iglesia, no meramente el añadir desde fuera, sino como expansión desde dentro. La iglesia que no añade miembros por medio de las fuerzas de la vida propagativas de su propia

comunión está en una condición muy triste. Si nadie nace de nuevo por medio del trabajo directo de la iglesia, podemos casi decir con certeza que la iglesia está muerta. Lo digo con toda seriedad, y sin presentar excusas por decirlo. Tendría miedo de ser pastor o miembro de una iglesia en que durante un tiempo razonable no se hubiera añadido nadie a la comunión por medio de la confesión de fe. De una cosa así no se puede considerar al ministro como totalmente responsable. Él puede esforzarse por el nacimiento de las almas, pero a menos que la iglesia esté cooperando y en viva simpatía con él, no habrá resultado. Pero donde toda la comunión sirve en el poder de una gran vida, entonces sea por medio de las agencias internas que sea, Escuela Dominical, grupos, el testimonio individual de los miembros, la vida se propagará, y hombre y mujeres serán añadidos a la comunión por la confesión de fe. Aunque se pueda decir de la iglesia toda clase de cosas buenas, si no hay adiciones por medio del nuevo nacimiento, la iglesia está muerta, por más que tenga nombre de viva. La vida se propaga siempre, y esto es verdad de un modo real y evidente más que en ninguna parte en el reino del Cristianismo.

Otro signo de vida es el de la compasión. La verdadera conciencia de la Iglesia es la conciencia de Cristo, y la conciencia de Cristo es la del amor. La iglesia que no tiene un corazón compasivo para los perdidos, está muerta. La iglesia urbana que intenta escaparse de su propia responsabilidad personal haciendo donativos para enviar hombre que hagan la obra en los barrios pobres y no se interesa en ponerse en contacto con ellos ella misma, está muerta. Esta responsabilidad no puede ser delegada. Una iglesia en que sólo una clase o casta de personas se reúne con fines egoístas de pura preservación, es una caricatura de la verdadera iglesia de Cristo. Toda iglesia debería ser un asilo para los perdidos, un refugio para los quebrantados de corazón, un hogar en que son bienvenidos las rameras y los publicanos. En el nombre de Dios, quitemos los letreros y nombres de nuestras iglesias que dicen que son de Cristo si no tenemos compasión para los tales, y no tenemos compasión si no somos bastante fuertes para vencer nuestros prejuicios sentimentales, que resultan del mero accidente del nacimiento.



Una joven de buena familia y con excelentes oportunidades, de mucha cultura y refinamiento me dijo una vez cuando le pedí que hiciera visitas en un vecindario caracterizado por el sufrimiento y el pecado: «No puedo hacer. Soy demasiado sensible. Me pone enferma.» Dios se apiade de una excusa ociosa semejante. ¿Puede alguien ser más sensible que Jesús el Salvador? ¿Puede algún refinamiento ser superior al del Hombre perfecto de Nazaret? Me sonrojo ante una sensibilidad que demuestra una ausencia de compasión. Es sólo cuando nuestros prejuicios y orgullo son arrebatados como por el viento ante su gran amor que estaremos preparados para el contacto con los despreciados y depravados. Estamos muertos si no tenemos compasión. Si el amor de Cristo es derramado en el corazón, y la iglesia es arrebatada por este amor, se olvida totalmente de las cosas que son objetables. El refinamiento que rehusa aliviar no es más que paganismo cultural.

Si hay amor, habrá unión. La desintegración es un signo de muerte. Si la iglesia está llena de facciones, partidos, si hay contiendas y cismas, es porque falta en ella el elemento de vida. La prevalencia de castas, y la existencia de divisiones dentro de la iglesia es una prueba segura de la falta de vida. En la marea alta de la vida divina hay una conciencia constante de la unidad en el Espíritu.

Y finalmente, donde hay vida hay emoción. Algunos parecen creer que el tipo de vida más elevado es aquel en que hay un mínimo de exteriorización y aun de posibilidad de la emoción. Estoy vivo y por ello, lloro, canto, río, me lamento. Es el muerto el que no tiene lágrimas, risas, música, gemidos. Me pone nervioso el hombre que se jacta de que su religión carece de emoción. La iglesia sin lágrimas ni risa no le sirve de mucho a Cristo. Pongo estas ideas juntas porque van juntas. No hay lágrimas sin risas. Nunca se encuentra a un hombre capaz de mostrar humor si no es capaz de sentir pena. Y no hay iglesia con gozo que no tenga compasión y viceversa. La iglesia que vive, se emociona, está llena de risas, y de lágrimas, e irrumpe perpetuamente en cantos, y vuelve al silencio ante la pena, la experiencia de los miembros individuales se realiza dentro de la gran unión.

Si estas cosas faltan en la iglesia, es que está muerta.

Las señales de vida son crecimiento, compasión, unión y emoción. Si estas están ausentes, puede haber muchas otras cosas que dan a la iglesia el nombre de que vive entre los hombres. Pero Cristo, andando entre los candelabros, lo cuenta todo como cosas externas, y desea crecimiento, compasión, unión y emoción que demuestren la vida.



# EL MENSAJE A FILADELFIA

«Escribe el ángel de la iglesia en Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre: Yo se tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar, porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre. Mira, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que dicen que son judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado. Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, yo también te guardaré de la hora de la prueba que está para venir sobre el mundo entero, para probar a los que moran sobre la tierra. Mira que vengo en seguida; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona. Al que venza, yo le haré columna en el santuario de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.» (Ap. 3:7-13.)



# EL MENSAJE A FILADELFIA

Ésta es la segunda epístola que no contiene ninguna palabra de queja. Para la iglesia de Esmirna, que estaba sufriendo persecución y tribulación, el mensaje fue totalmente de amor y ánimo. Otra vez, para la iglesia de Filadelfia, no tiene sino elogios y el anuncio de protección en medio de la calamidad y prueba que está a punto de llegar a toda la tierra.

Estando la iglesia en la relación apropiada con su Señor, Cristo le habla en su carácter de Soberano supremo que dirige la actividad de la iglesia. «Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.» Así anuncia tres hechos respecto a sí mismo. Con respecto a su carácter: «Que es santo, que es verdadero»; con respecto a su posición oficial: «Que tiene la llave de David»; con respecto a su administración: «Que abre y ninguno cierra, y cierra, y ninguno abre.» Entre estas cosas hay una relación íntima. Su carácter de santidad y de verdad es su derecho a la Realeza. Él es, además, Rey, por el acto oficial de Dios como lo atestigua el que tiene la llave de David. Y como es Rey en carácter y por designación, ejerce su oficio regio, y administra los asuntos de su reinado. La relación entre estos hechos ha de ser recordada.

Consideremos primero el carácter regio. «El Santo, el Verdadero.» Lo primero marca el hecho esencial, y el segundo, el relativo; santo en carácter, verdadero en acción; santo en sí mismo, verdadero en su gobierno. Las dos afirmaciones nos dan dos lados de su hecho esencial. Estas dos afirmaciones constituyen el todo complemento que crea la verdadera Soberanía de Cristo, y le da aquello de que otros reyes carecen, el derecho divino de Realeza.

Estas dos facetas de un hecho mismo son constantemente reveladas en el pensamiento del Nuevo Testamento. En la profecía de Zacarías, a la que se refiere Lucas, con respecto al resultado de la venida de Cristo se dice que Él establecerá a su pueblo en «santidad y justicia», santidad siendo el hecho escondido, y justicia o rectitud la manifestación externa, la rectitud de carácter y conducta. «El Santo», esto es, recto en carácter. «El Verdadero», esto es, recto en conducta. Santo y por tanto regio; verdadero y por tanto que hace a los otros leales. Por medio de su santidad de carácter y verdad de conducta crea una conciencia que exige la lealtad de aquellos que lo tienen por su Rey. Es siempre imposible ser leal en todo el amplio sentido de la gran palabra para aquel que no llega a ser real o regio, en el amplio sentido de la palabra. En otras palabras, nadie que ama la pureza puede ser leal a la impureza. Nadie que tiene su corazón sobre las cosas santas, puede ser leal a lo que no es santo. La lealtad tiene que ser el resultado de la realeza. La realeza de la tierra la crea el accidente del nacimiento, o un derecho a conquista dudoso, y se expresa en exterioridades y pompa. El derecho de Cristo a la realeza, descansa sobre su carácter. Él y sólo Él es Rey por derecho divino, porque es santo, es verdadero.

El Salmo 2 anuncia el hecho de la designación de Dios de un Rey:

«Yo mismo he ungido a mi Rey
sobre Sion, mi santo monte.
Yo publicaré el decreto:
Jehová me ha dicho: Mi hijo eres tú;
yo te he engendrado hoy.
Pídeme y te daré por herencia las naciones,
y como posesión tuya los confines de la tierra.»

El Salmo 24 revela el carácter del Rey:



«¿Quién subirá al monte de Jehová?
¿Y quién estará en su lugar santo?
El limpio de manos y puro de corazón;
el que no ha llevado su alma a cosas vanas,
ni jurado con engaño.
Él recibirá bendición de Jehová,
y justicia del Dios de salvación.»

«He ungido a mi Rey sobre Sion», «Quién ascenderá al monte de Jehová? El limpio de manos y puro de corazón». Este Rey designado por Dios viene a la iglesia de Filadelfia, y habla del hecho profundo que constituye su derecho a la Realeza: «El Verdadero.»

Luego sigue anunciando que su posición es oficial. «El que tiene la llave de David.» En la descripción que hace Isaías de Eliaquim, hijo de Hilcias, ya mencionada en otro sentido, se dice: «Y lo vestiré con tus vestiduras, y lo ceñiré con tu talabarte, y entregaré en sus manos tu autoridad, y será por padre al morador de Jerusalén y la casa de Judá.» Esto es, gobierno basado sobre la vida y sobre los recursos. Luego se añade: «Y pondré la llave de la casa de David sobre su hombro; y abrirá, y nadie cerrará; cerrará, y nadie abrirá.» De esta profecía el Señor cita las palabras: «El que tiene la llave de David», y con ello reclama el cumplimiento de la profecía en su propia Persona. Él es aquel a quien Dios ha entregado su gobierno, de cuyo hecho la llave es el símbolo y el signo.

Y luego, en último lugar declara el hecho de su administración. «El que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.» Nótese que no dice: «El que puede abrir y nadie puede cerrar, y puede cerrar y nadie puede abrir.» Esto es sin duda verdad, pero lo que dice es más fuerte. No declara su capacidad, sino su actividad. No sólo que tiene una posición o cargo, sino que ejecuta su cometido. «El que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre.» Filadelfia era una iglesia como otras de su tiempo, que existía en medio de la corrupción del paganismo, rodeada de fuerzas que perpetuamente amenazaban aplastarla. A ella sin embargo va el Señor y se anuncia con su majestad y gobierno activo de Rey: «El que abre y ninguno cierra, el que cierra y ninguno abre.»

Estas palabras deberían darnos un sentimiento de con-

fianza y seguridad, a pesar de las circunstancias amenazantes. Él es Rey hoy, y aunque los hombres le rechacen de momento, sin embargo tiene las riendas de gobierno, sentado en el santo monte de Sion. Rey por derecho de carácter, como lo atestigua el que tiene la llave, y está gobernando activamente. Cierra y nadie abre, y esto hoy. En medio de la ansiedad e inquietud de nuestra época Él avanza hacia el orden final, a pesar de los misterios que nos envuelven. Va a llegar la crisis y entonces el proceso quedará reivindicado. Consolemos nuestros corazones con esta triple verdad de su carácter: «Santo, Verdadero, en poder de la llave y gobernando.»

Al examinar el elogio que hace de la iglesia, hay que poner cuidado en notar su estructura. «Sé tus obras, he aquí he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar, porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.» Las palabras: «He aquí he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual ninguno puede cerrar», en realidad en un paréntesis, pueden omitirse del elogio. Naturalmente no se pueden omitir del todo, ni sería prudente ponerlas en lugar distinto de donde las puso el Señor. El elogio consiste en la afirmación: «Conozco tus obras... que tienes poco poder, y guardaste mi Palabra y no negaste mi nombre.» Ahora bien, en el paréntesis en medio del elogio viene la declaración de la puerta abierta. Se presenta la pregunta de lo que quería decir el Señor con ello, sí, porque ellos han guardado su palabra y no han negado su nombre Él les ha abierto la puerta; o si, porque habiéndole abierto una puerta, han guardado su palabra y no han negado su nombre. Sin deseo de dognatizar sobre algo difícil, desearía decir que creo que la puerta abierta no es un premio por la fidelidad, sino la oportunidad en la cual esta iglesia ha probado su fidelidad. La afirmación del premio viene después en el mensaje. Es como si el Señor hubiera dicho: Pongo delante de ti una puerta abierta, que nadie puede cerrar, y conozco tus obras, tú tienes poco poder, y guardaste mi palabra y no negaste mi nombre. Él les abrió la puerta y ellos pasaron por ella y llenaron la oportunidad. Él les abrió la puerta, y ellos, aunque tenían poco poder, fueron fieles a su palabra y leales a su nombre. Es evidente, pues, que el elogio



tiene que ser considerado plenamente a la luz de la afirmación referente a la puerta abierta.

En qué consistía localmente esta puerta abierta es imposible decirlo. No podemos examinar en detalle las oportunidades que el Señor dio a la iglesia. Probablemente, sin embargo, era alguna ocasión especial para la obra misionera. Hay casi una conexión cierta entre el anuncio del carácter regio de Cristoy la apertura de la puerta. Es: «El que tiene la llave de David», que es la insignia de la Realeza, el que abre la puerta, y la sugerencia es la de un pasaporte dado a sus dominios para la transacción de su negocio. En el Salmo 2 ya citado del anuncio del nombramiento del Rey, la promesa divina respecto al Rey es:

«Pídeme y te daré por herencia las naciones,
y como posesión tuya los confines de la tierra.»

La llave abre el territorio del Rey. El que tiene la llave había abierto la puerta. Les había dado entrada en otro de sus dominios para la transacción de sus negocios. La apertura de la puerta es la preparación gubernamental que hace el Rey del camino, a lo largo del cual, sus mensajeros han de ir a dar sus mensajes y cumplir sus órdenes, ser heraldos de su Evangelio y ganarle dominios. La apertura de la puerta es el ejercicio de su derecho ejecutivo.

Volvamos un momento a la aplicación inmediata y local de estas palabras. Pensemos en ellas como la afirmación de un gran principio. De qué modo tan maravilloso en cada siglo sucesivo el Rey ha abierto puertas delante de su Iglesia. A pesar de la oposición humana, y el odio humano, ha abierto puertas de par en par de oportunidad ante su pueblo fiel. Nunca ocurrió esto de modo más conspicuo que el siglo pasado. Esto se puede seguir en las historias de las misiones modernas. El que las lee siente alegría en el corazón y ardor en su brazo.

Cuál fue la oportunidad particular para la Iglesia de Filadelfia no lo sabemos. Pero sí sabemos que llegó a esta iglesia una oportunidad que fue reconocida y aprovechada.

Pero ¿quiénes son los que entran por esta puerta abierta? Nótese bien la descripción. Jesús no dice a esta iglesia de Filadelfia: Eres fuerte, sino «tienes poca fuerza». Pero ellos fueron fieles a la oportunidad en que guardaron su palabra y no negaron su nombre. Éste es el verdadero prin-

cipio del éxito en el servicio cristiano. Los grandes premios que van a recibir las iglesias o los hombres, serán no según la grandeza de la fuerza que tienen, o la grandeza de la oportunidad, según les parece a los hombres, sino según la fidelidad a la oportunidad y el pleno uso de la fuerza que poseen. La medida de la fuerza de esta iglesia era pequeña, pero entraron por la puerta abierta con lealtad a su palabra y manteniendo el honor de su nombre. En esta afirmación doble hay la revelación del secreto del éxito en el servicio: guardar la palabra y lealtad al nombre. Del primero hay una explicación doble.

La palabra de Cristo no es guardada meramente defendiendo la letra, sino realizando su espíritu en obediencia a su enseñanza. Nadie guarda la palabra de Cristo a menos que guarde la doctrina; y con todo nadie guarda la palabra de Cristo como doctrina a menos que la posea en todos los detalles del deber. Si la vida ha de ser de acuerdo con la voluntad del Rey, tiene que haber conocimiento de su enseñanza. El conocimiento de la enseñanza sólo es evidente cuando la vida armoniza con ella. De ahí la fuerza de la palabra «guardar».

La otra frase marca el hecho correlativo: «No negaste mi nombre.» El guaardar la palabra de Cristo tiene que resultar en una lealtad indesviable a su nombre. Donde ha habido tendencia a tener en menos la palabra, el resultado de ello ha sido el peligro de insultar el nombre al menospreciar la personalidad. Durante los últimos años dentro de la Iglesia se ha extendido una especie de crítica de las palabras de Cristo, hasta el punto que ya no nos extrañamos si el nombre de Jesús es atacado por aquellos que ponen en duda los hechos esenciales respecto a su Persona y su naturaleza. Se oye de algunos que sugieren que quizá la historia de la concepción milagrosa es un mito. Esto es el corolario inevitable de hablar de algunas de sus palabras como si fueran el resultado de la ignorancia de su época. Y un fallo en guardar la palabra de este calibre y de mantener el nombre, de modo inevitable da consecuencias en la Iglesia en la aptitud para el servicio. Su derecho a la realeza se halla inseparablemente unido a los milagros de su naturaleza y la autoridad de sus palabras. El negar éstos es descuidar las puertas abiertas. Es infinitamente mejor tener poco poder y usarlo dentro de las puertas que Él abre de modo leal a su enseñanza y a sí mismo, más bien que tener mucho poder y usarlo para ayudar a los que le privan su dignidad y estorban su venida en su Reino.



Al pasar al consejo que el Señor da a esta iglesia, notamos que hace énfasis en su administración. «Mira, yo entrego de la sinagoga de Satanás a los que dicen que son judíos y no lo son, sino que mienten; he aquí, yo haré que vengan y se postren a tus pies, y reconozcan que yo te he amado.» Reconociendo las difíciles condiciones bajo las cuales esta iglesia ha dado su testimonio, Jesús declara su actividad de gobierno, primero con respecto a la sinagoga de Satanás. Esta referencia es de interés por cuanto se parece mucho a la referencia del Señor en otra epístola, la de la iglesia de Esmirna. Entonces dijo: «Sé tu tribulación y tu pobreza y la blasfemia de los que se dicen ser judíos y no lo son, sino sinagoga de Satanás.» Al escribir a Filadelfia no hay una declaración tan detallada, sino que la referencia pasajera crea la idea que había condiciones, apropiadas para estorbar a la iglesia de Filadelfia, similares a las que habían estrorbado a la iglesia de Esmirna. Allí la sinagoga judía había hostigado a la población pagana para que se opusieran a la obra de la iglesia. Es probable que algo semejante hubiera ocurrido en Filadelfia. Cristo anuncia que esta sinagoga se verá obligada a reconocer a la iglesia: «Yo haré que vengan y se postren a tus pies y reconozcan que yo te he amado.» Éste no es un lenguaje de ira ni de un rey vengativo. Su pueblo antiguo, que había estorbado la obra, sería conducido a los pies de la iglesia para enterarse de que Él la había amado. Estos hechos de gobierno se hallan todos dentro del reino de la gran crisis, su segundo advenimiento. A la Iglesia dice: «Por cuanto has guardado la palabra de mi paciencia, también te guardaré en la hora de la prueba que está para venir sobre este mundo, para probar a los que moran en la tierra. Reconociendo la fidelidad de su pueblo, les promete eximirlos de la tribulación que ha de venir. Aun cuando esta promesa puede haber tenido su cumplimiento parcial en el escape de la iglesia de Filadelfia de alguna ola de persecución desencadenada sobre el distrito, su cumplimiento final se realizará sin duda por parte de aquellos que, leales a su palabra y por

no negar su nombre, sean recogidos del mundo a su segunda venida antes del juicio que ha de tener lugar cuando Él establezca su reino sobre la tierra.

«Mira que vengo en seguida», es el gran anuncio que abre el significado de esta promesa de exención de la tribulación venidera. No puede haber interpretación de los medios por los cuales traerá a la sinagoga de Satanás a los pies de la iglesia o de como la iglesia será salvada de la tribulación, excepto la idea contenida en el anuncio: «Vengo en seguida.»

En estas palabras el Señor hace para la iglesia de Filadelfia lo que ha hecho para la Iglesia una y otra vez. Cristo dirige la atención a su segunda venida como la meta y crisis de la victoria. Durante todos los años de servicio la Iglesia ha de estar siempre esperándole, escuchando constantemente el sonido de su voz: «Vengo en seguida.»

En vista de esta promesa, considera la declaración del Señor sobre la responabilidad presente de la iglesia. «Retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona.» A la iglesia de Sardis le dijo lo mismo, y con todo, cuan diferente es el valor y aplicación del anuncio. Para ellos era una advertencia. Aquí es una promesa. Para la iglesia que estaba muerta era una proclamación, para estimularles a la obediencia. Para la iglesia que ejerce su poca fuerza en el cumplimiento de su voluntad, era una declaración destinada al consuelo en la obediencia. Por ello es evidente que la doctrina del advenimiento de Jesús afecta a las personas según la condición de su vida. Una iglesia es amenazada, la otra es consolada por el anuncio de su venida.

En el poco tiempo que queda entre el momento presente y su advenimiento, Cristo hace notar la responsabilidad que tienen con las palabras: «Retén lo que tienes.» ¿Y qué tenían? Poco poder, su palabra, su nombre, la promesa de su retorno. A estas cosas ellos se adherían firmemente y la razón era, «para que ninguno tome tu corona». La corona era el premio del servicio. La oportunidad aprovechada cuando Él abrió la puerta. El no negar su nombre. Él vendría y les daría la recompensa. Hoy hay el conflicto, pero en tanto nos mantenemos firmes, la recompensa, la corona, es segura.

Luego, notemos la promesa al que vence: «Al que venza, yo le haré columna en el santuario de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios, y mi nombre nuevo.» Este vencer se refiere en este caso no al hecho de que haya algún mal en la iglesia, sino a las fuerzas exteriores, y éstas serán finalmente derrotadas a su adviento. Su promesa al vencedor es aquí la de las condiciones de vida a las que va a pasar después del advenimiento del Señor.



Primero les promete un lugar o posición: «Yo le haré columna en el santuario de mi Dios.» Esto es algo final. La Biblia no habla de hacer de ellos columnas de su templo mientras están en la tierra. A veces rogamos para que nuestros hijos sean hechos columnas en el templo de Dios, y esto será, a su tiempo, siempre que sean árboles del Señor plantados junto a ríos de agua. Después, vendrán a una posición permanente, basada en el hecho de su aproximación al carácter de Dios.

En segundo lugar: «Escribiré sobre él el nombre de mi Dios», y con esto indica el hecho de la semejanza y la razón de la posición de preeminencia.

Y además, hay un premio definido y específico. «Yo escribiré sobre él... el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual desciende del cielo, de mi Dios.» Todos los que tienen el derecho de residencia permanente dentro de la ciudad a base del carácter, y no están allí como forasteros, sino como ciudadanos, y esta libertad es el reconocimiento de que han vencido.

Y todavía hay más: «Escribiré sobre él... mi nombre nuevo.» ¡Qué afirmación más extraña y mística es ésta! En el capítulo 19 de este libro del Apocalipsis hay otra referencia a esto. «Y tiene un nombre escrito, que ninguno conoce sino él mismo.» Allí se encuentran honores para Jesús que no son revelados, y esto es lo que se significa en este nuevo nombre. Éste es pues el nombre que Él escribirá sobre el que venza. Compartirá con Él sus honores y recompensas. Habrá la más perfecta unidad entre el vencedor y el Rey. Él sufrirá con Él sobre todo el territorio. El entrar por la puerta que Él abre hoy es andar con Él en los reinos espaciosos sobre los que ha de reinar.

En esta gran promesa al vencedor nótese la reiteración

del posesivo: «Escribiré sobre él el nombre de MI Dios, y el nombre de la ciudad de MI Dios, la nueva Jerusalén, que desciende del cielo de MI Dios.» Él vino a hacer la voluntad de su Padre. Fue hecho Rey a base de las perfecciones de esta voluntad. E incluso en la hora de indescriptible agonía en que fue abandonado, quedaba todavía marcada la relación entre Él personalmente y su Padre, pues incluso entonces dijo: «Dios mío. Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» Cuando contempla su triunfo final, todo lo que ve es el hecho de su relación con Dios, y esto queda marcado por la palabra «MI Dios».

A los que tienen poco poder, pero cumplen sus propósitos. Él les da como premio al servicio, que se asocien con Él en esta unión con su Padre, que es la gloria plena y el centro final del gobierno perfecto.

De este estudio hay ciertas lecciones que tenemos que recordar. Primero hay unas palabras de consuelo, que nos recuerdan el presente gobierno de Cristo. ¡Oh, si volviéramos a nuestra obra con la música de este pensamiento resonando siempre en nuestro corazón! Nuestra coronación depende de nuestra fidelidad, pero la victoria final de Dios depende del Rey a quien ha establecido en su santo monte. Que ni un momento nos imaginemos que ha perdido terreno o ha abandonado la parte del territorio que se le entregó. No puede fallar ni desanimarse hasta que haya realizado todo el propósito de su Dios, y aunque a veces nuestros ojos no pueden seguir el curso de su gobierno, nuestros corazones pueden ser consolados al recordar: «Él abre, y ninguno cierra, Él cierra, y ninguno abre.» El que no veamos como lo hace no importa. El hecho es un consuelo inefable e infinito. El Rey ungido por Dios, aunque escondido durante un tiempo de los ojos de los hombres, está a cargo de su gobierno. Como antaño David, el rey ungido de Israel, fue exilado de su gobierno, y se refugió en la cueva de Adullam, hoy Cristo es el rey de la tierra rechazado, pero sigue siendo el ungido de Dios.

La historia de Adullam está llena de significado. David, rechazado por su pueblo, subió a la fortaleza de las montañas, y allí se congregaron a su alrededor tres clases de personas, hombres en deudas, hombres en peligro, y hombres descontentos. Gente que no contaba para mucho en la nación. Y con todo cuan maravillosa es la historia de su relación con David y sus resultados. En contacto con él se transformaron en hombres poderosos. La historia de David y la de sus valientes es en realidad épica. El material era sin duda del más pobre que se haya juntado a un caudillo inicialmente, pero el producto final pocas veces ha sido superado.

En el proceso del tiempo llegó el día gozoso en que David dejó Adullam y regresó a su reino para ser coronado. Con respecto a esta coronación hay una afirmación llena de significado: «Todos éstos vinieron a Hebron y estaban de un solo ánimo para hacer rey a David.»

*«Nuestro Señor es rechazado ahora*
*deshauciado por el mundo,*
*de muchos abandonado,*
*por pocos entronizado.»*

Pero Él está reuniendo para sí una compañía de personas en deudas, en peligro y descontentos, y aquellos que en estas condiciones son reunidos a Él en los días de su rechazo, en contacto con Él serán transformados en valientes, y llegará un día en cuyo amanecer se reunirán de un solo ánimo para hacerle a Jesús, Rey. ¡Cobra ánimo, corazón! Que no suenen endechas en el santuario sino cánticos de alabanza. Demos fin a las lamentaciones de esperanzas diferidas, y pongámonos los vestidos hermosos, levantémonos del polvo y creamos en nuestro Rey. Él está en este momento con las riendas en las manos, empuñando el cetro, gobernando los negocios del Reino de Dios.

Éste es el consuelo que sacamos de este mensaje. Luego siguen unas solemnes palabras, que marcan nuestra responsabilidad: «Retén lo que tienes.» La oposición no ha terminado, Satán todavía tiene una sinagoga. Hay puertas abiertas, como no las había habido nunca antes, las puertas abiertas hacen la fidelidad más necesaria aún. Uno de los hechos más terribles del momento presente es que el Señor está abriendo puertas, y la Iglesia no entra por ellas. Es una locura no darse cuenta de este hecho. Hay multitudes en todos los países que descubren la falsedad de la fe de sus padres, pero la Iglesia anda remisa en darles a cono-

cer el Evangelio del Cristo resucitado. La mies está madura, pero hay pocos obreros.

La Iglesia debería estar preparada ante cada puerta que se abre, de modo que en el momento en que se abre pueda ocupar el territorio para Cristo. ¿Cuándo van a manifestar los que tienen en sus manos los negocios del cielo la sagacidad de los mercaderes de la tierra? Si la Iglesia de Cristo ha de responder a la llamada del Rey, tiene que mantenerse firme en su palabra y no negar el nombre. Ay, esto lo hemos hecho con demasiada frecuencia, descuidando las cosas esenciales, y preocupándonos de las menudencias. ¡De vuelta a la palabra/de vuelta al nombre! Con ello la Iglesia será lo que Dios quiere que sea: «hermosa como la luna, clara como el sol, terrible como un ejército con sus estandartes».

La palabra final de valor del estudio es que la prueba de la lealtad de la Iglesia a Cristo, no es la medida de su manifestación ante los hombres sino su fidelidad a la oportunidad creada por el Señor. Es infinitamente mejor tener poco poder y usarlo todo para Cristo, que tener mucha fuerza y usarla de otras formas. Si Él abre una puerta, entremos por ella con la fuerza que poseamos, recordando que nuestro todo, con el todo del resto, hará su todo, esto es: «las naciones serán su herencia y su posesión serán los confines de la tierra».



# EL MENSAJE A LAODICEA

«Y escribe el ángel de la iglesia en Laodicea: Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios: Yo sé tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Así, por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca. Porque dices, yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo. Te aconsejo que de mí compres oro refinado por fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas, para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y corrijo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete. He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; y alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo. Al que venza le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.» (Ap. 4:14-22.)



# 9

# EL MENSAJE A LAODICEA

Ésta es la última de las cartas a las iglesias y en algún sentido es la más triste de todas, aunque en otros aspectos, es la más llena de exquisita belleza. En todas las otras cartas hallamos algunas palabras de elogio. Aquí no hallamos ninguna. Este mismo hecho parece explicar algunas de las palabras más tiernas y maravillosas pronunciadas por el Señor en toda la serie. Es imposible estudiar este mensaje sin sentir el latido del Hijo de Dios, y en ninguna de las cartas es más evidente la compasión anhelante del corazón divino.

Se sabe muy poco de la iglesia de Laodicea. No tenemos relato alguno de su fundación, pero hay algunas referencias a ella en el Nuevo Testamento que nos arrojan algo de luz sobre su historia. Se sabe que Pablo conocía la iglesia, y es muy probable que la visitara. Cuándo, ya es más dudoso. Mucho depende del punto de vista que se tenga respecto a su encarcelamiento. Si se cumplió su deseo expresado en la carta a los Filipenses de visitar de nuevo a sus hijos, es probable que entre otras iglesias, visitara la de Laodicea. Las referencias que hace a esta iglesia son muy interesantes a la luz del mensaje de Jesús.

En una carta a la iglesia de Colosas hay cuatro referencias a la iglesia de Laodicea. La primera se halla en el ca-

pítulo 2, versículos 1-3: «Porque quiero que sepáis qué lucha tan dura sostengo por vosotros y por los que están en Laodicea,... para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de una plena seguridad de comprensión, a fin de conocer bien el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento.» Es pues evidente que mientras escribía a la iglesia de Colosas estaba también pensando en la de Laodicea.

En el capítulo 4 de la misma epístola, al referirse a Epafras, el apóstol dice: «Porque de él doy testimonio de que tiene gran solicitud por vosotros y por los que están en Laodicea.» Es bueno que recordemos de paso que la labor de Epafras era la oración. En el versículo 15 del mismo capítulo escribe: «Saludad a los hermanos que están en Laodicea», y todavía en el 16 vuelve a decir: «Cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de los laodicenses, y que la de Laodicea la leáis también vosotros.»

Ahora bien, estas referencias nos muestran claramente una o dos cosas. El apóstol conocía la iglesia e indudablemente estaba interesado en ella. Había alguna clase de relación entre ella y la de Colosas. Con toda probabilidad eran contiguas geográficamente. Es posible que hubiera la relación entre ellas de madre a hija, fuera que la de Colosas hubiera fundado a la de Laodicea o viceversa. Es además evidente que había interés y amistad entre ellas, de modo que cuando Epafras, un miembro de la iglesia de Colosas se esforzaba en oración, para que estuvieran firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere, incluía en sus peticiones a la iglesia hermana de Laodicea.

Además, es probable que el apóstol escribiera a la iglesia de Laodicea una carta personal que no se ha preservado, quizá por no poseer ningún mensaje especial.

El interés del apóstol en la iglesia de Laodicea queda claro en primer lugar por su oración por ellos, así como para los de Colosas, a fin de que «sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas». El gran peligro que amenazaba a la iglesia de Laodicea era su riqueza, y se puede inferir fácilmente que el apóstol veía el peligro y oraba para que «sus corazones pudieran ser consolados, para que unidos en amor, alcanzaran todas las riquezas de una plena seguridad de comprensión, a fin de conocer bien el misterio de Dios el Padre y de Cristo», esto es, les deseaba que pudieran poseer la verdadera riqueza, sabiendo como sabía que ya poseían la riqueza material.



En las antiguas versiones bíblicas había otra referencia a la iglesia de Laodicea, que ha sido omitida en las modernas. Ocurre al final de la primera carta a Timoteo, y se trata de una nota. «La primera a Timoteo fue escrita desde Laodicea, que es la ciudad principal de Frigia, Pecatiana.» Esta nota supone, naturalmente, que Pablo había sido puesto en libertad y entonces escribió la carta cuando visitó la iglesia. Timoteo, que luego se le juntó, se había quedado a cargo de la iglesia de Efeso. Esta nota, al parecer, carece de suficiente autoridad.

Repetimos: la iglesia Laodicea era conocida por el apóstol, que estaba profundamente interesado en ella, y segundo, Laodicea tenía una comunión íntima con la iglesia de Colosas.

Dirigiéndose a esta iglesia, el Señor usa frases descriptivas, que nos llaman la atención. «Esto dice el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios.» Aquí no hay nada que simbolice su esplendor manifiesto. Esto es más bien una declaración de su gloria esencial. La descripción crea un contraste. A la iglesia que ha fallado ignominiosamente se le dirige como Aquel que es incapaz de fallar. La afirmación es triple: positiva, relativa y declarativa de su autoridad. Es una declaración de autoridad profunda, basada sobre los hechos que son la causa y razón de todas las cosas.

Primero hay la afirmación positiva: «Esto dice el Amén.» Segundo, la declaración relativa: «el testigo fiel y verdadero». Tercero, la proclamación con autoridad: «el principio de la creación de Dios».

El que es «el Amén». Esta palabra ha llegado a nosotros tal cual, sin traducción, y para entender su valor hemos de conocer el significado en su lenguaje original. La raíz significa «alimentar», «edificar», y su significado derivado, en uso perpetuo hoy día, es el de algo establecido, seguro, positivo. La palabra por tanto nos vuelve a Dios como la Ma-

dre que alimenta, y expresa la verdad de la estabilidad absoluta y la rectitud real de todo lo que Dios ha pensado, dicho o hecho. Es una palabra esencial: «El Amén.» Toda verdad se halla dentro del compás de esta certidumbre. Como título de Cristo equivale en valor a la afirmación que hizo al decir: «Yo soy la verdad.» Hay que recordar que no dijo: «Yo enseño la verdad», ni «Yo declaro la verdad», sino «Yo soy la verdad». Aquí tenemos la misma idea puesta en una forma quizás aún más augusta y espléndida. El que es «el Amén», la verdad esencial, la verdad expresada en una Persona, la verdad que es inapelable. El Amén es la conclusión, porque es el fin de la nutrición, la perfección de la edificación, la última palabra, el fin, a lo que es imposible añadir nada. Así que Cristo, acercándose a esta iglesia declara en la primera fase de la declaración que después de Él ya no hay apelación. Él es la Certeza, el Fin, la Ratificación, la Autoridad última, el Amén.

Luego viene la declaración relativa del mismo gran hecho: «el testigo fiel y verdadero». Es esto también, porque es el Amén. Es esto, porque es la verdad. Él es el Amén, aunque no hable. Es la verdad, aunque no diga una palabra. Pero ahora que ha dicho la verdad, Él es un testigo fiel y verdadero. Es un testigo fiel y verdadero de Dios y de la Iglesia. Cuando habla no hay exageración o disminución. Lo que dice es exactamente verdad, porque Él es en sí mismo la verdad absoluta, y no hay nada más allá de Él en el reino de la verdad.

La iglesia de Laodicea había fallado en su testimonio. La condición en que se encontraba había eclipsado la luz esencial que debía haber brillado en las tinieblas que le rodeaban, y el Señor va a ella y se le dirige como el fiel y el verdadero Testigo. Está a punto de quitarles toda la falsa apariencia que engaña a muchos, pero que no le engaña a Él. Como en la antigua economía, por medio de su último mensajero, Jehová dijo que Él sería un Testigo rápido contra los hechiceros y los obradores de maldad, el testigo de verdad contra el mal, el que arrastraría lo malo a la luz de la verdad, así que Él viene a desenmascarar el fallo de la gente de Laodicea, se anuncia como el que ni exagera la condición suya ni permite que nada quede escondido.

Luego la última frase nos vuelve a la sublimidad de la majestad. Cuando la leemos nos impele a la adoración. «El principio de la creación de Dios.» Después de notar la referencia a Laodicea en Colocenses, se hace interesante leer Colosenses a la luz de Laodicea, y notamos que esta misma expresión, «el principio de la creación de Dios» es una de las columnas sobre las cuales reposa la verdad de la epístola a los Colosenses. En la sublime e incomparable declaración respecto a las glorias de Cristo, que ocurre en el capítulo 1 de Colosenses, versículos 15-18, hay estas palabras: «El cual es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque por Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, las visibles y las invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas y todas las cosas tienen consistencia en Él; y Él es la cabeza del cuerpo que es la Iglesia, y Él es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia.» Esto implica rango y derecho más allá de cualquier otro. Si el corazón alguna vez tiene alguna duda sobre la Deidad de Cristo, es bueno regresar a esto y ponderar la declaración. Es imposible retener esto en la Biblia si Cristo es en algún punto menos que Dios, y toda la sublimidad de estas declaraciones descansa en lo que se sugiere en este título.

Acercándose a la iglesia de Laodicea está Aquel cuyo rango es infinitamente superior al del de sacerdote, profeta, o rey. Él habla con la autoridad de causa y de creación. Doquiera descansa la vista, de cualquier cosa que se ocupe nuestra mente, de todo ello Cristo con su obra es la causa primera. Sus huellas pueden ser seguidas en toda la creación, y todo toque de hermosura procede de su dedo. Flores, paisajes, todo ello canta a Cristo un himno solemne por su poder. Las estaciones con su curso, el firmamento estrellado, todo ello descubre el poder de Cristo.

Así que viene a una iglesia altiva a causa de su riqueza e independencia. Les anuncia primero su propia riqueza e independencia. Si la iglesia tenía oídos tenía que sonrojarse de vergüenza ante la miseria de su riqueza, comparada con el esplendor de la de Él, y su independencia tenía que parecerles una blasfemia. Les habla como el rey de todo el

universo, más aún, como el principio, la causa de toda creación, como el Creador de la misma y de sus leyes.

A la iglesia de Laodicea, sin vida, fría, indiferente, le habla como Aquel que es la fuente de toda vida, de la energía infinita, del principio de la creación de Dios.

En esta capacidad de majestad infinita les habla pero sin una palabra de elogio. Pronuncia palabras de esperanza. No ha perdido toda esperanza incluso ante el fracaso espantoso de Laodicea. Pero no hay elogios. Su consejo y su queja van juntos, alternándose durante el mensaje. Seleccionemos una queja, considerándola primero, y luego pasemos al consejo.

Hay tres breves afirmaciones que indican la queja del Señor. Primero: «Tú eres.» Luego: «Tú dices.» Y de nuevo: «Tú eres.» En el primero describe la condición general de la iglesia. En el segundo describe lo que piensa la iglesia de sí misma. En el tercero revela la verdad detallada y precisa de su condición real.

Primero su visión de la iglesia en cuanto a su espíritu, y no a sus características externas, luego la revelación de la opinión que tiene la iglesia de sí misma, y luego el contraste terrible de esta opinión con la que tiene Él, con detalles.

«Yo sé tus obras, que ni eres frío ni caliente.» Esta es la condición espiritual según Él la declara. «Tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad.» Esta era su idea: «Tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.» Ésta es la condición detallada en contraste con la condición que ellos suponen. Estas descripciones forman la queja de nuestro Señor.

«No eres frío ni caliente.» Intentemos aclarar el significado de estas palabras. «Frío», si bien no helado; la iglesia no se caracterizaba por una indiferencia absoluta. «Caliente». Pero no hirviente; la iglesia no se caracterizaba por un celo ferviente. ¿Cuál era su condición?: «Tibio.» Cristo dice que esta condición es la que más aborrece: no puede tolerar una iglesia tibia. Nos dice que preferiría una iglesia fría. No hay emoción, no hay entusiasmo, ni pasión ni compasión. Quizá la idea puede expresarse con una palabra que oí de un cristiano (así se llamaba por lo menos) que objetó a cierta obra evangelística, con un aire de satisfacción y complacencia: «Soy evangélico, pero no evangelista.» Exacto. Tibio. Es imposible ser evangélico sin ser evangelista. Si se es evangélico y se cree que el hombre está perdido, que hay redención provista por Cristo, y que nuestra responsabilidad es hacérselo saber, ¿cómo se puede no ser evangelista? Este hombre es un traidor en el campo de Cristo. Por esto Cristo aborrece hombres tibios e iglesias tibias. Ésta fue la condición que llevó a John Wesley a emprender sus itinerarios de predicación, que pasaron a ser la marcha regular de los ejércitos de Cristo en Inglaterra. Fue la misma condición que empujó a William Booth a su obra de misiones cristianas que acabó formando el Ejército de Salvación.

Recuerdo a Booth que contaba la historia de como llegó a hacerse un entusiasta de la salvación. «Fui hecho un "salvacionista" candente, por un conferenciante infiel. Este conferenciante dijo: "Si yo creyera lo que algunos de vosotros cristianos creéis, nunca podría tener un momento de reposo, ni de día ni de noche, porque estaría diciéndoselo a la gente."» Esta frase fue la gran frase. William Booth la oyó, creyó y obró. Fue como fuego en sus huesos y le hizo saltar de su tibieza y dar en el punto en que ardía. Tibieza es la condición en que la convicción no afecta la conciencia, el corazón o la voluntad. La Cruz no es negada, pero no es algo vital. La Cruz puede ser llevada como un adorno, como por desgracia se lleva hoy con demasiada frecuencia, pero estos santos de cruces nunca se han dejado clavar a la verdadera Cruz. La cruz de plata o de oro es un adorno sobre el pecho y da una sensación agradable. Una cruz de madera con clavos es algo distinto. Cuando la Cruz es un adorno no hay muerte en ella, pero tampoco hay vida. Cuando la Cruz deja de ser un adorno y pasa a ser instrumento de muerte, entonces hay una pasión que acaba siendo una vida contagiosa. ¿El pecado? Oh, sin duda, se admite el hecho del pecado, pero no se le aborrece. Se habla del pecador como alguien digno de lástima, pero no se levanta un dedo para salvarle. El pecado es algo a lo que hay que objetar, quizás un defecto moral, o una visión deformada, pero nunca un veneno, pobredumbre y catástrofe. Son tibios en su credo y en su conducta. ¿Hay que asombrarse si Cristo suspira y dice: «Preferiría que fueseis fríos o calientes.»

A la luz de esta declaración, la opinión de la iglesia resulta terrible. Oigamos sus palabras, según Cristo las presenta, Él, el testigo fiel y verdadero: «Soy rico, y me he enriquecido; y de ninguna cosa tengo necesidad.» Soy rico e independiente.

Si hubiéramos visitado la iglesia de Laodicea con toda probabilidad nos habrían mostrado los edificios, y nos habrían indicado el coste de la propiedad. Y habrían dicho: Lo que queremos lo tenemos. Sí hemos de ampliar con algún anexo, lo hacemos. Somos independientes. ¿Inaugurar algún servicio que contribuya al crecimiento espiritual? Esto les habría parecido chocante. ¿Una misión? No, de ninguna manera, no queremos nada semejante. ¿Reuniones especiales para profundización espiritual? Nada, nada, probablemente los necesitan en alguna otra parte. ¿Un período de humillación especial y oración? Ya hemos dicho que no carecemos de nada, no tenemos necesidad de innovaciones de este tipo. Lo tenemos todo.

Ahora bien. Cristo los mira y dice: «Eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo.»

«Desventurado», pues llevas una carga que es tu propia riqueza. En vez de ayudarte, la riqueza te estorba y te degrada. Hemos oído de iglesias cargadas de deudas, pero el Señor siente lástima de ésta, porque está cargada de riquezas.

Eres «miserable» que aquí significa digno de lástima. El corazón del Señor siente piedad de ellos.

Eres «pobre», mendigo, porque en realidad estás en la indigencia, pues lo que crees poseer no es tuyo.

Eres «ciego». No ves nada de la forma que deberías. Eres corto de vista, te falta visión, te falta luz, estás confinado dentro de límites muy estrechos.

Eres «desnudo» sin gloria ni hermosura, que deberían ser el adorno de la iglesia como Esposa de Cristo. A las otras iglesias les ha hablado de vestiduras blancas. Esta iglesia no tiene ninguna. Los vestidos de púrpura y joyas de ahora se convertirán en harapos a la luz de la eternidad, y no poseerá ropa de servicio purificado con que cubrirse. Todas las palabras que usa Cristo son palabras que mueven o manifiestan piedad. No hay ni una sola de ira o desprecio. Desventurado apela a la ternura y simpatía y lo



mismo, miserable, pobre, ciego y desnudo. El hecho que ostenten su riqueza es la nota más profunda de miseria y que más nos llama a la compasión. Keith, escribió de esta iglesia: «Es mucho más probable que un miembro de Sardis hubiera sentido el escalofrío de la muerte, y hubiera clamado pidiendo vida, y mandado a por el médico, que no lo habría hecho un mimebro de Laodicea, que consideraba su pulso firme, su vida segura, cuando la muerte le socavaba las entrañas.» Laodicea cree que lo tiene todo. Cristo, el Cristo que escudriña y revela dice que su condición es conmovedora, lamentable, digna de compasión.

Vayamos ahora al consejo del Señor a la iglesia, y en él se nos revela de modo supremo su corazón.

Primero, expresa su deseo: «¡Ojalá fueses frío o caliente!» Segundo, declara su intención: «Voy a vomitarte de mi boca.» Finalmente su consejo: «Te aconsejo que me compres.»

Veamos el deseo primero. La expresión «ojalá que fueses frío o caliente», es un poco rara en la boca de Cristo. Podríamos esperar que dijera: «¡Ojalá que fueras caliente!», pero con lo que dice se revela de un modo más vivido su aborrecimiento de la condición en que se encuentra Laodicea. Hay más esperanzas para el que es frío que para el tibio. Se puede esperar más de un hombre que se halla fuera de la iglesia, con la desolada condición de su frialdad, que es la falta de vida, y por tanto de amor, que de uno que se halla dentro de la iglesia, cercano al calor, pero que no lo aprecia, y bastante alejado como para ser inútil para Dios y para los hombres. La perspectiva de un pagano que no ha oído el Evangelio es mejor que la de un nombre que es un pagano evangelizado, si desobedece los mandatos del Evangelio. Es imposible leer esta epístola sin sentir el deseo del corazón de Jesús, que sale con un gemido. Ya se lo habíamos oído antes. Cuando estaba en la tierra, con voz llena de emoción y contemplando a Jerusalén dijo llorando: «¡Cuántas veces he querido juntar a tus hijos... y no quisiste!» «Ojalá que fueras frío o caliente.» Sería muchísimo mejor tener que tratar con personas heladas, anhelando calor, con estos miembros ricos y tibios, que no necesitan nada, según ellos, y que lo necesitaban todo, según Cristo.

Luego sigue la declaración de su propósito: «Voy a vomitarte de mi boca.» Esto no significa echar a un cristiano de su relación con Cristo. Es echar a la iglesia de su posición de dar testimonio. Cristo entre los candelabros está hablando a las iglesias en su capacidad de portadores de la luz en las tinieblas de la noche, y dice: Estoy a punto de echarte de este trabajo, ponerte aparte de este lugar de testimonio. Queda todavía, en la forma en que está redactada la expresión, la posibilidad de un escape del juicio que ya ha sido formado. Voy a... Estoy a punto de... La sentencia ya ha sido pronunciada y está cayendo sobre ti, está en camino... Pero no es un hecho todavía. No ha caído el golpe. La luz no se ha extinguido aún.

Todo esto nos habla de la urgencia de las palabras de consejo que ahora va a pronunciar: «Te aconsejo que de mí compres oro refinado por fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para que te cubras, y no quede al descubierto la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas.» Se dirige ahora a la iglesia tal como la ve Él, no como se ve a sí misma, y les muestra que Él tiene aquello de que ellos carecen, y además les deja ver que la condición en que se encuentran puede ser corregida. Son pobres: pueden pasar a ricos. Desnudos: pueden ser vestidos. Ciegos: con colirio pueden ungirse los ojos para ver. Eres miserable y pobre: cómprame oro refinado por fuego y vestiduras blancas.

El Señor quiere enseñar a la iglesia que la verdadera riqueza, la verdadera visión, la verdadera sabiduría es poseerle a Él en todos los aspectos de su perfección. Como Pablo había indicado en la carta a la iglesia de Colosenses, que él deseaba que fuera leída por los de Laodicea también, deseaba que «fueran consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de una plena seguridad de comprensión a fin de conocer bien el misterio de Dios el Padre y de Cristo». Si quieren ser ricos, tienen que comprarle oro refinado, si quieren vestirse, tienen que adquirir vestidos blancos, que son tejidos con el servicio leal que se le rinde a Él y la fuerza de su amor. Si quieren sabiduría se halla en Él, el colirio, con el que podrán ver con la debida perspectiva y conocer los verdaderos valores. Por ello se acerca a la iglesia que está a punto de vomitar de su boca y les ofrece todo lo que necesitan. Todo lo que daña a la iglesia es persistir en su idea falsa y engañosa respecto a sí mismos. El camino hacia la bendición es humillarse hasta el polvo, con el corazón quebrantado, y reconocer su desventura, pobreza, miseria, ceguera y desnudez. Entonces hallará consuelo en el corazón de amor de Cristo y recibirá riquezas, vestidos y ungüento con que vea. En su misericordia Él se lo ofrece todo.

Añade luego una declaración que expresa su infinito amor: «Yo reprendo y corrijo a todos los que amo.» Si no hubiera amado a la iglesia de Laodicea la hubiera dejado en paz. La amaba a pesar de su fracaso, y el amor era el motivo y razón de la reprimenda y el consejo.

Y luego, con urgencia, añade: «Sé, pues, celoso, y arrepiéntete.» Es como si el Señor quisiera despertarles de su letargo. Los llama al celo y al arrepentimiento. Pero ¿cómo han de volver? No necesitan preocuparse para hallar el camino. Oigamos estas palabras llenas de misericordia y gracia: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré, y cenaré con él, y él conmigo.» ¡Qué revelación más sorprendente se halla en estas palabras. Vemos que en la iglesia, Jesucristo estaba excluido. Los de Laodicea lo tenían todo, excepto a Jesucristo. Él se hallaba fuera, a la puerta. Nosotros deberíamos recordar, cuando predicamos este texto, que está dirigido no al individuo, sino a la iglesia, en su contexto. Esto no quiere decir en modo alguno que es un error dirigirlo al individuo. Es posible excluir a Cristo de la iglesia, y entonces tiene que quedarse a la puerta, fuera, y llamar.

Con todo, espera, y ¿qué espera? Espera que cada individuo le deje entrar, no está esperando que se nombre un comité y que hagan una votación. Si éste fuera el caso, probablemente no habría esperanza para Cristo. Lo que espera es que cada persona le deje entrar: «Si alguno oye mi voz, y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.» Es decir será mi huésped, yo seré el suyo. Me sentaré a la mesa que su amor ha provisto y satisfaceré mi corazón. Él se sentará a mi mesa, que mi amor ha provisto y satisfacerá su corazón.

Supongamos que un miembro de Laodicea le hubiera abierto la puerta y le hubiera dicho: «Estoy convencido de

nuestra pobreza. Lo tenemos todo menos Cristo. Voy a admitirle a Él, y prepararle la mesa. «¿Qué habría ocurrido?» en el momento en que este miembro, hombre o mujer, hubiera abierto la puerta a Cristo, al Cristo excluido, Cristo habría entrado en comunión con él o ella, y este hombre, en comunión con Cristo habría excomunicado a la iglesia. Hemos oído a veces de iglesias que excomunican a miembros. Es muy posible también que un hombre excomunique a la iglesia, por haber él entrado en el lugar de comunión con el Señor. Así que, ¿cómo podía la iglesia volver a la comunión? Juntándose a Cristo y a aquel hombre. Tal como un hombre entra en comunión con Cristo, así también la iglesia debe incluirle a Él, que ha sido excluido durante tanto tiempo. En el Antiguo Testamento hay una ilustración de esta verdad. Hubo un día en que Moisés tomando el tabernáculo del Señor lo plantó fuera del campamento, excomunicando a toda la nación del pacto. Llamó a este nuevo centro a aquellos que quería tener en el Señor en una nueva posición y separación, y cuando el pueblo regresó a aquel centro de obediencia, fueron recibidos de nuevo en la comunión. Llegó un día en que Cristo excomunicó a toda la nación hebrea, y al mundo entero. Fue el día en que Él sufrió, fuera del campamento. Pasando fuera del campamento, rasgó el velo y llamó a los hombres al lugar interior de adoración, llamándolos hacia sí. Éstos le siguieron, entrando en el Lugar Santísimo.

Así, este hombre en Laodicea, que debía abrir su puerta a Jesús, establecería un nuevo estándar de vida y de poder, y la única manera en que la iglesia excomunicada podría regresar sería tomando la misma posición de este hombre. Es una crisis solemne y terrible en la historia de una iglesia cuando en respuesta a la llamada paciente del Señor excluido, un hombre abre la puerta, e incluye a Cristo, excluyendo a los que han perdido su lealtad a Él. Sólo hay una manera para un retorno así, y es ir al lugar en que se encuentra este hombre.

Leemos en la historia de la vida de Jesús la forma en que excomunicaron a un hombre. Estaban tan indignados con el testimonio que daba de Jesús que le echaron de la sinagoga. Cuando Jesús lo oyó, halló al hombre y le dijo: «¿Crees en el Hijo de Dios?» Y el hombre contestó: «¿Quién



es, Señor, para que crea?» Y la respuesta cayó con fuerza y dulzura a la vez en los oídos del nombre excomunicado: «Tú le has visto y es el que habla contigo», y el hombre contestó: «Señor, creo, y le adoró.» Le habían echado de la sinagoga, el lugar de adoración, pero halló el verdadero Centro de adoración. Es posible que la iglesia de Laodicea hubiera excluido al hombre que hubiera incluido a Cristo. Si es así el hombre excluido no tenía por qué sentir pena en su corazón excepto por el hecho de la locura de la iglesia. Si no hubiera otra manera de hallar a Cristo que dejar la iglesia de Laodicea, entonces, habría que hacerlo, cuanto más pronto mejor. El hallarse a Él es hallar oro refinado por fuego, vestidos con que cubrir la vergüenza, colirio para aclarar la vista y crear visiones. ¡Oh, qué visión! La apostasía confrontada por la fidelidad, la falsedad confrontada por la verdad, la pobreza ornamentada frente a frente de la riqueza infinita, la tibieza y la hipocresía ante la compasión y la devoción. «He aquí estoy a la puerta y llamo.» ¿Qué quieres, oh Rey coronado, llamando? Un hombre, un hombre que me abra y con el cual pueda cenar una vez haya entrado.

Lo último que hay que notar es una promesa al que venza. Esta gente tenían que luchar la batalla más difícil, y por tanto se les promete el mayor premio. El Señor parece reconocer que la dificultad de una vida así en una iglesia como la de Laodicea es la más terrible contra la que un santo haya tenido que luchar, y por ello les hace la promesa más notable y llena de gracia: «Al que venza, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono.» Más allá de esta promesa ya no alcanza ni la esperanza ni la imaginación.

¿No hay aquí la sugerencia de la tentación peculiar que Jesús había sufrido: «como yo he vencido»? ¿Cómo venció Él? ¿Qué significa esto? Se pueden dar un centenar de respuestas, pero ¿son adecuadas? Parece que sólo ha de haber una que responda al misterio. Está hablando a personas cuyo error supremo es el intentar tomar las cosas de modo fácil, que carecen de compasión, de entusiasmo, y Él les dice: «El que venza... como yo he vencido.» ¿No hay aquí ninguna evidencia de su recuerdo de la tentación sutil que

Él sufrió? El enemigo en el desierto dijo: «Todos estos reinos te daré» por un método muy fácil, sin la cruz, sin la pasión, sin la crucifixión. Su propio discípulo le hizo la misma sugerencia: «Que en modo alguno te acontezca una cosa semejante. ¿Qué necesidad hay de todo este sufrimiento, pérdida de vidas? Y aun en Getsemaní parece que oímos el eco de la voz del tentador. Digo esto con el mayor cuidado, recordando que la tentación no es pecado. Hablo del eco de la tentación que parece oírse en su plegaria: «Padre, si es posible, pase de mí esta copa.» El enemigo le estaba diciendo contantemente: «No te lances con este ardor; ¿por qué esta vida extenuadora?, ¿por qué poner el rostro como pedernal para ir a Jerusalén?, ¿por qué seguir esta vía dolorosa? Pero Él venció, y se sentó con su Padre en su trono, habiendo seguido el único camino que podía llevar a su coronación, y ahora, con todo el poderoso significado de este hecho le dice a la iglesia de Laodicea, que era tibia, pagada de sí misma y satisfecha de sus riquezas: «Vence como yo he vencido. Sé celosa, sé ardiente, y te sentarás en mi trono conmigo.»

No se necesitan muchas palabras para hacer la aplicación del mensaje a la época en que vivimos. Las lecciones son evidentes por sí mismas. Quisiera sólo reunir unas ideas, y expresarlas brevemente.

La tibieza en sí es una contradicción a todo lo que profesamos creer. No creo que en todo el conjunto de estos mensajes haya nada de mayor importancia o que requiera más énfasis que esta verdad. Las cosas que profesamos creer son de tal naturaleza que no podemos ser tibios sin negarlas. ¡Mejor frío, mejor helado! Mejor es abandonar toda profesión de interés en las cosas sagradas que hacer ver que creemos y cantamos siendo tibios. Hacemos mucho más daño a nuestra época con nuestro carácter tibio que con una negativa abierta de Cristo. No son las personas que son totalmente indiferentes los que estorban el progreso de la obra del Reino, sino los que hacen ver que aman a Cristo, los que se dicen evangélicos pero no evangelistas. Los hombres que hacen teorías sobre la expiación, que disputan sobre las formas en que expresan la verdad, y que nunca extienden la mano para salvar almas perdidas, estos hombres son una plaga dentro de la Iglesia, hombres capaces de andar a la greña por si la elección o el libre albedrío, por si eso o aquello, pero que dejan a los millones ir a la deriva, sin mover un dedo para rescatarles. Toda la ira de mi corazón no puede igualar las palabras de Cristo para los tales, los tibios: «Estoy a punto de vomitarte de mi boca.» Cristo aborrece la regularidad impasible del hombre que profesa creer los hechos que constituyen la fe evangélica, pero que no se presta a las exigencias requeridas por estas verdades. La tibieza es la peor forma de blasfemia. Que las iglesias tibias se llaman clubes, y con esto nos entenderemos y sabremos como hemos de tratarlos. Que los hombres tibios se marchen de las iglesias. Que digan que no creen en Cristo, pues esto es en resumidas cuentas la verdad. Que digan que no hay pecado, pues sus acciones demuestran que lo creen. Todo lo que sea, con tal de desembarazarnos de la insolente indiferencia que es para Cristo y para los hombres una verdadera crueldad.

Y con todo, hay otro pensamiento, terrible, que hay que expresar, al terminar este estudio. Es el del Cristo excluido. ¡Oh, cuánto sufrió, y cuánto sufre aún! De modo voluntario y por gracia se excluyó del cielo para la redención de los hombres, y luego fue excluido de entre los suyos por la ceguera de los de su nación; y luego fue excluido de su mundo, por la aparente victoria de las fuerzas del mal. Y ahora, ¡ay, tantas veces excluido de su misma iglesia por la tibia indiferencia de los que se imaginan poseerlo todo cuando no tienen nada!

Y aun una vez más. ¡Qué ternura incomparable y qué paciencia la del Hijo de Dios! Él es el Amén, el Testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, y en este mensaje en que habla desde el punto de vista de estos hechos primarios, más que en ningún otro, se revela el indestructible amor del corazón de Dios. Insultado, excluido y con todo espera, llamando a la puerta, dispuesto a entrar en una nueva comunión con el hombre. No se puede añadir nada más para demostrar su ternura.

Y por fin, démonos cuenta que la única cura para la tibieza es la readmisión del Cristo excluido. La apostasía debe ser confrontada por la fidelidad, la flojedad con la convicción nacida de su autoridad, la pobreza con el hecho de su riqueza, el hielo con el ardor de su entusiasmo, la

muerte con Ja vida divina que hay en su don. No hay otra cura para el apartamiento del cielo, la enfermedad del mundo, la tibieza de la Iglesia que readmitir a Cristo.

Oigamos al Hijo del hombre cuando anda entre los candelabros. Pidámosle que nos diga todo lo que tiene que decirnos.

* * *

Lo que nos diga será la verdad, porque empieza diciéndonos: «Sé», y la afirmación que sigue nos obliga a admitir: Ésta es palabra de verdad.

* * *

Si hay para nosotros algún elogio, estas palabras son nuestra mayor recompensa. Si pronuncia palabras de queja, es necesario que hagamos caso; que hallemos el camino a un arrepentimiento profundo y verdadero.

Oigamos principalmente sus palabras de consejo, y al oírlas sin reserva rindámonos a Él en rápida obediencia.

* * *

Cristo dice también a las iglesias: «Voy a...» Ésta es una palabra de juicio. Es una palabra de promesa. Sabemos que Él quiere lo que es mejor para nosotros. Así que humillémonos a su disciplina para que podamos alcanzar su gran recompensa.

* * *

«El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.»